

REVISTA NACIONAL

DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año II—Tomo II

Montevideo, 25 de Junio de 1896

Número 30

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.
Victor Pérez Petit.
Carlos Martínez Vigil.
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes	\$ 0.50
En campaña " " " " "	0.60
En el exterior " " " " "	0.70
Número suelto. " " " " "	0.80

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—“El Anticuario.”—Joya Literaria, de Cuspinera, Teix y C.ª

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

SUMARIO:—*EL QUE VENDRÁ*, por José Enrique Rodó.—*CACTISMO CONSTITUCIONAL*, por el doctor don Pedro Bustamante.—*TERCETOS*, por Ricardo Passano.—*LITERATURA AMERICANA*, por Pedro Pablo Figueiroa.—*ODAS DE HORACIO*, por Victor Pérez Petit.—*Sobre LENGUAJE*, por Carlos Martínez Vigil.—*RECUERDOS DEL PARÍS-BOHEMIA*, por Julio Bambill.—*HIELO EN EL ALMA*, por Constantino Beechi.—*EN UN ÁLBUM*, por Ricardo Sánchez.—*ÍDOLO DE BARRO*, por José Luis Antuña (hijo).—*BÍBLICAS*, por José Pardo.—*LA PLUMA Y LA ESPADA*, por Atilio C. Brigandole.—*ALGUNAS PERLAS DE TENNYSON*, por Ramón de Santiago.—*UN AMOR*, por Victor Pérez Petit.—*A CELIA*, por José Salgalo.—*MEDICINA LEGAL*, por el Dr. José Ferrando y Olaondo.—*MEDIOS DE PREVENIR LA GUERRA*, por el Br. Emilio A. Berro.—*TRATADOS*, por el Br. Arturo Puig.—*SUETOS*.

El que vendrá

Une immense attente remplit les âmes.

RENA.

A Victor Pérez Petit.

El despertar del siglo fué en la historia de las ideas una aurora, y su ocaso en el tiempo es, también, un ocaso en la realidad.

Mejor que Hugo, podrían los que hoy mantienen en aras semi-derruidas los oficios del poeta, dar el nombre de crepusculares á los cantos en que adquiere voz la misteriosa inquietud de nuestro espíritu, cuando todo, á nuestro alrededor, palidece y se esfuma; y mejor que Vigny, los que llevan la voz del pensamiento contemporáneo, podrían llorar, en nuestro ambiente privado casi de calor y de luz, el sentimiento de la «soledad del alma» que lamentaba, en días que hoy nos parecen triunfales, su numen desolado y estoico.

La vida literaria, como culto y celebración de un mismo ideal, como fuerza de relación y de amor entre las inteligencias, se nos figura á veces próxima á extinguirse. De la última y gran protesta sólo dura en la atmósfera intelectual que respiramos, la vaga y desvanecida vibración en que se prolonga el golpe metálico del bronce.—Sobre

el camino que conduce á Medán crece la hierba que denuncia el paso infrecuente.—La Némesis compensadora es inflexible que restablece fatalmente, en las cosas del Arte, el equilibrio violado por el engaño, la intolerancia ó la pasión, se ha aproximado á la escuela que fué traída por su mano, hace seis lustros, para cerrar con las puertas de ébano de la realidad la era dorada de los sueños, y ha descubierto ante nuestros ojos sus flaquezas, y nos ha revelado su incapacidad frente á las actuales necesidades del espíritu que avanza y columbra nuevas é ignoradas regiones.

Quiso ella alejar del ambiente de las almas la tentación del misterio, cerrando en derredor del espacio que concedía á sus miradas la línea firme y segura del horizonte positivo; y el misterio indomable se ha levantado, más imperioso que nunca en nuestro cielo, para volver á trazar, ante nuestra conciencia acongojada, su martirizante y pavorosa interrogación. Quiso ofrecer por holocausto, en los altares de una inalterable Objetividad, todas las cosas íntimas, todas esas eternas *vozess interiores*, que han representado, por lo menos, una mitad, la más bella mitad, del arte humano; y el alma de nuevas generaciones, agitándose en la suprema necesidad de la confidencia, ha vuelto á hallar encanto en la contemplación de sus intimidades, ha vuelto á hablar de sí, ha restaurado en su imperio al «yo» proscripto por los que no quisieron ver «sino lo que está del lado de fuera de los ojos»; triste reclusa que se resarce, en el día del asueto, del mutismo prolongado de su soledad. Quiso cortar las alas al ensueño, y de los hombros ensangrentados por el golpe de la cuchilla cruel y fría, han vuelto á nacer alas.

Allá, sobre una cumbre que señaorea en la cadena del Pensamiento todas las cumbres, descuelga, como ayer, la personalidad del iniciador que asombró con el eco lejano y formidable de sus luchas, nuestra infancia; del maestro taciturno y atlético. Suya es todavía nuestra suprema admiración; pero al alzar hacia él la frente, en medio á nuestras ansias y nuestras inquietudes, nosotroshemos visto rotas las tablas de la ley entre sus manos; y separando entonces de entre las muchas cosas caducas de su credo una luz de verdad que se ha incorporado definitivamente á nuestro espíritu, hemos deslindado definitivamente también, en el campo donde él sembró su palabra, la doctrina y la obra, la fórmula y el genio.—Sobre el naufragio del precepto exclusivo, de la limitación escolástica, del canon—frágiles colores que no respeta nunca la pátina del tiempo en las construcciones del espíritu—queda en pie y para siempre, la obra inmensa: nosotros la consideramos á la manera de una montaña sobre la cual se ha extinguido la luz que era clari-

dad para las inteligencias y orientación para las almas, pero cuya grandeza adusta y sombría sigue dominando, llena de una misteriosa atracción, allá en el fondo gris del horizonte.—Y como un símbolo perdurable, sobre la majestad de la obra inmensa se tiende, señalando al futuro, el brazo del niño que ha de unísmar en su alma las almas de Pascal y Clotilde; personificando acaso, para los intérpretes que vendrán, el Euforión de un arte nuevo, de un arte grande y generoso, que ni se sienta tentado, como ella, á arrojar á las llamas los legajos del sabio, ni, como él, permanezca insensible y mudo ante las nostalgias de la contemplación del cielo estrellado por la dulce discípula, sobre el suelo abrasado de la era....

En tanto que en los dominios de la Prosa, y coronando el pórtico austero y grave desde donde señalaron los hombres de la generación que trajo á Taine y á Renan la ruta nueva del saber, se afirmaba un escudo que tenía por inscripciones: Culto de la Verdad, madre de toda belleza y toda vida—único imperio del análisis—sustitución del lirismo por la impersonalidad y de la invención por el experimento,—los justadores del Ritmo, que regresaban entonces de la gran fiesta romántica, juntaban sus corceles en derredor de una bandera cuyos lemas decían: odio de lo vulgar,—amor de la apariencia bella,—adoración del mármol frío é impecable que mezcla el desdén á la caricia.

Hubo una escuela que creyó haber hallado la fórmula de paz, proscribiendo de su taller, donde amontonó el tributo de luz y de color que impuso regíamente á las cosas, todos los angustiosos pensamientos, todas las crueles dudas, todas las ideas inquietantes, y buscando la *non curanza* del Ideal en brazos de la Forma.—Puso en su pecho las flores que simbolizan el imperio del color sin perfume; colmó su copa del néfante que trae el bien del olvido.—Obedeciendo á Gautier, cerró su pensamiento y su corazón, en los que reinó la paz silente del santuario, al estrépito del huracán que hacia estremecer sus vidrieras; y fué impasible mientras las llamas de la pasión devoraban en torno á su mesa de trabajo las almas y las multitudes; amante del pasado, evocadora de sus sombras, cuando más real era el interés del hecho vivo; desdenosa y serena cuando la tempestad de la renovación y de la lucha precipitaba más frecuentes é impetuosas sus ráfagas sobre la frente de un siglo batallador.—Pero esta escuela que olvidó que no era posible desterrar del alma de los hombres, como lo soñó el monarca imbécil, «la fatal manía de pensar», fué condenada por los dioses del Arte que no consenten el triunfo del vacío más que los dioses de la Naturaleza, al martirio de Midas.

—Quiso saciar su hambre y halló que el manjar de sus vajillas era oro; quiso saciar su sed y halló que las ondas de sus fuentes eran plata.—Entonces, la triste escuela dobló la cabeza sobre el pecho, para morir, guardando aún en la actitud de la muerte, la corrección suprema de la línea, porque conoció que el corazón humano no hubiera querido trocar por las migajas del pan del sentimiento y de la idea sus tesoros inútiles.—Hoy su legado es como una ciudad maravillosa y espléndida, toda de mármol y de bronce, toda de raros estilos y de encantadoras opulencias, pero en la que sólo habitan sombras heladas y donde no se escucha jamás, ni en forma de clamor, ni en forma de plegaria, ni en forma de lamento, la palpitación y el grito de la vida.

Del numen que se cernió sobre el palacio de Medán, pasó, pues, si no la gloria, el imperio; y los que hoy guardan los retales de su enseña negra y purpúrea, suelen mezclar con ellos telas de distintos colores. De las tiendas de orfebres que abrió el «Parnaso», brindando en el alma de una generación de poetas una morada mejor y más suntuosa que la vieja Torre de Nesle á Benvenuto Cellini; de aquellas tiendas que incendiaron los aires en el choque del oro y de la luz, sólo quedó un taller donde el artista de «Trofeos» labra un cáliz precioso que ya no ha de levantar, en los altares del arte, mano alguna.

Voces nuevas se alzaron. Generaciones que llegaban, pálidas e inquietas, eligieron señores. Como en los tiempos en que se acercaba la hora del Profeta divino, apareció en el mundo del arte multitud de profetas.

Predicaron los unos, contra el culto de la Naturaleza exterior, el culto de la interioridad humana; contra el olvido de sí en la visión serena de las cosas, «la cultura del yo».—Los otros se prosternaron ante el Símbolo, y pidieron á un idioma de imágenes, la expresión de aquellos misterios de la vida espiritual para los que las mallas del vocabulario les parecieron flojas ó groseras.—Éstos alzaron, poseídos de un insensato furor contra la realidad, que no pudo dar de sí el consuelo de la vida, y contra la Ciencia, que no pudo ser todopoderosa, un templo al Artificio y otro templo á la Ilusión y la Credulidad.—Aquellos se llamaron los demoníacos, los réprobos; hicieron coro á las letanías de Satán; saborearon cantando las voluptuosidades del Pecado descubierto y altivo; glorificaron en la historia el eterno impulso rebelde, y convirtieron la blasfemia en oración y el estigma en aureola de sus santos.—Aquellos otros volvieron en la actitud del hijo pródigo á las puertas del viejo hogar abandonado del espíritu—ya por las sendas nuevas que traza la sombra de la Cruz, engrandeciéndose misteriosamente entre los postreros arreboles de este siglo en ocaso, ya por las rutas sombrías que conducen á Oriente,—y buscaron, en la evocación de todas las palabras de esperanza y la renovación de todas las respuestas que dieron los siglos á la Duda, el beneficio perdido de la Fe.

Pero ninguno de ellos encontró la paz, ni la convicción definitiva, ni el reposo, ni an-

te su mirada, el cielo alentador y sereno, ni bajo sus pies, el suelo estable y seguro. Artifices de una Babel ideal, hizose entre ellos el caos de las lenguas, y se dispersaron.

El mismo impulso que tendía en otro hora, del canto del Poeta al alma de sus discípulos y al alma de la muchedumbre, la cadena magnética de Platón, reconcentra hoy á los que cantan, en la soledad de su conciencia. «Para realizar nuestra obra, dice uno de ellos, debemos mantenernos aislados.»—El movimiento de las ideas tiende cada vez más al individualismo en la producción y aun en la doctrina, á la dispersión de voluntades y de fuerzas, á la variedad inarmónica, que es el signo característico de la transición.—Ya no se profesa el culto de una misma Ley y la ambición de una labor colectiva, sino la fe del temperamento propio y la teoría de la propia genialidad. Ya no se aspira á edificar el majestuoso alcázar donde una generación de hombres instalará su pensamiento, sino la tienda donde dormir el sueño de una noche, en tanto aparecen los obreros que han de levantar el templo cuyos muros verán llegar el porvenir, dorada la frente por el fulgor de la mañana.—Las voces que concitan se pierden en la indiferencia. Los esfuerzos de clasificación resultan vanos ó engañosos. Los imanes de las escuelas han perdido su fuerza de atracción, y son hoy hierro vulgar que se trabaja en el laboratorio de la crítica. Los cenáculos, como legiones sin armas, se disuelven; los maestros, como los dioses, se van....

Entre tanto, en nuestro corazón y nuestro pensamiento hay muchas ansias á las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aún á ningú labio, muchos dolores para los que el bálsamo nos es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre.... Todas las torturas que se han ensayado sobre el verbo, todos los refinamientos desesperados del espíritu, no han bastado á aplacar la infinita sed de expansión del alma humana.—También en la libación de lo extravagante y de lo raro ha llegado á las heces, y hoy se abrasan sus labios en la ansiedad de algo más grande, más humano, más puro.—Pero lo esperamos en vano. En vano nuestras copas vacías se tienden para recibir el vino nuevo: caen marchitas y estériles, en nuestra heredad, las ramas de las vides, y está enjuto y trozado el suelo del lagar....

Sólo la esperanza mesiánica, la fe en el que ha de venir, flor que tiene por cáliz el alma de todos los tiempos en que recluyen el dolor y la duda, hace vibrar misteriosamente nuestro espíritu.—Y tal así como en las vísperas desesperadas del hallazgo llegaron hasta los tripulantes sin ánimo y sin fe, cerniéndose sobre la soledad infinita del Océano, aromas y rumores, el ambiente espiritual que respiramos está lleno de presagios, y los vislumbres con que se nos anuncia el porvenir están llenos de promesas....

Revelador! Profeta á quien temen los empecinados de las fórmulas caducas y las almas nostálgicas esperan! ¿cuándo llegará á nosotros el eco de tu voz dominando el

murmullo de los que se esfuerzan por engañar la soledad de sus ansias con el monólogo de su corazón dolorido?....

¿Sobre qué cuna se reposa tu frente, que irradiará mañana el destello vivificador y luminoso; ó sobre qué pensativa cerviz de adolescente bate las alas el pensamiento que ha de levantar el vuelo hasta ocupar la soledad de la cumbre? ó bien ¿cuál es la idea entre las que iluminan nuestro horizonte como estrellas temblorosas y pálidas, la que ha de transfigurarse en el credo que caliente y alumbré como el astro del día—de cuál cerebro entre los de los hacedores de obras buenas ha de surgir la obra genial?

De todas la rutas hemos visto volver los peregrinos asegurándonos que sólo han hallado ante su paso el desierto y la sombra; ¿Cuál será, pues, el rumbo de tu nave? ¿Adónde está la ruta nueva? ¿De qué nos hablarás, revelador, para que nosotros encontramos en tu palabra la vibración que enciende la fe, y la virtud que triunfa de la indiferencia, y el calor que funde el hastío?

Cuando la impresión de las ideas ó de las cosas actuales inclina mi alma á la abominación ó la tristeza, tú te presentas á mis ojos como un airado y sublime vengador.—En tu diestra resplandecerá la espada del arcángel. El fuego purificador descenderá de tu mente. Tendrás el símbolo de tu alma en la nube que á un tiempo llora y fulmina. El yambo que flagela y la elegía constelada de lágrimas hallarán en tu pensamiento el lecho sombrío de su unión.

Te imagino otras veces como un apóstol dulce y afectuoso. En tu acento evangélico resonará la nota de amor, la nota de esperanza. Sobre tu frente brillarán las tintas del iris.—Asistiremos, guiados por la estrella de Betlem de tu palabra, á la aurora nueva, al renacer del Ideal—del perdido Ideal que en vano buscamos, viajadores sin rumbo, en las profundidades de la noche glacial por donde vamos, y que reaparecerá por ti, para llamar las almas, hoy ateridas y dispersas, á la vida del amor, de la paz, de la concordia. Y se aquietarán bajo tus pies, las olas de nuestras tempestades, como si un óleo divino se extendiese sobre sus espumas. Y tu palabra resonará en nuestro espíritu como el tañir de la campana de Pascua al oído del doctor inclinado sobre la copa de veneno.

Yo no tengo de ti sino una imagen vaga y misteriosa, como aquellas con que el alma empeñada en rasgar el velo estrellado del misterio puede representarse, en sus éxtasis, el esplendor de lo Divino.—Pero sé que vendrás; y de tal modo como el sublime maldecidor de las «Blasfemias» anatematiza é injuria al nunciador de la futura fe, antes de que él haya aparecido sobre la tierra, yo te amo y te bendigo, profeta que anhelamos, sin que el bálsamo reparador de tu palabra haya descendido sobre nuestro corazón.

El vacío de nuestras almas sólo puede ser llenado por un grande amor, por un grande entusiasmo; y este entusiasmo y ese amor sólo pueden serles inspirados por la virtud de una palabra nueva.—Las sombras de la Duda siguen pesando en nuestro espíritu. Pero la Duda no es, en nosotros, ni un

abandono y una voluptuosidad del pensamiento, como la del excéptico que encuentra en ella curiosa detectación y blanda almohada; ni una actitud austera, fría, segura, como en los experimentadores; ni siquiera un impulso de desesperación y de soberbia, como en los grandes rebeldes del romanticismo. La duda es en nosotros un ansioso esperar; una nostalgia mezclada de remordimientos, de anhelos, de temores; una vaga inquietud en la que entra por mucha parte el ansia de creer, que es casi una creencia... Esperamos; no sabemos a quién. Nos llaman; no sabemos de qué mansión remota y oscura. También nosotros hemos levantado en nuestro corazón un templo al dios desconocido.

En medio de su soledad, nuestras almas se sienten dóciles, se sienten dispuestas a ser guiadas; y cuando dejamos pasar sin séquito al maestro que nos ha dirigido su exhortación sin que ella movie una onda obediente en nuestro espíritu, es para luego preguntarnos en vano, con Bourget: «¿Quién ha de pronunciar la palabra de porvenir y de secundo trabajo que necesitamos para dar comienzo a nuestra obra? ¿Quién nos devolverá la divina virtud de la alegría en el esfuerzo y de la esperanza en la lucha?»

Pero sólo contesta el eco triste a nuestra voz... Nuestra actitud es como la del viajero abandonado que pone a cada instante el oído en el suelo del desierto por si el rumor de los que han de venir le trae un rayo de esperanza. Nuestro corazón y nuestro pensamiento están llenos de ansiosa incertidumbre... Revelador! revelador! la hora ha llegado!... El sol que muere ilumina en todas las frentes la misma estéril palidez, descubre en el fondo de todas las pupilas la misma extraña inquietud; el viento de la tarde recoge de todos los labios el balbucear de un mismo anhelo infinito, y esta es la hora en que «la caravana de la decadencia» se detiene, angustiosa y fatigada, en la confusa profundidad del horizonte...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

CATECISMO CONSTITUCIONAL

DE LA

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Por el doctor don Pedro Bustamante

(Continuación)

Sección 1.^a

DE LA NACIÓN, SU SOBERANÍA Y CULTO

CAPÍTULO 1.^a

Artículo 1.^a El Estado Oriental del Uruguay es la asociación política de todos los ciudadanos comprendidos en los nueve Departamentos actuales de su territorio.

2.^a Él es, y será para siempre libre e independiente de todo poder extranjero.

3.^a Jamás será el patrimonio de persona ni de familia alguna.

CAPÍTULO II

4.^a La soberanía en toda su plenitud existe radicalmente en la Nación, a la que compete el derecho exclusivo de establecer sus leyes del modo que más adelante se expresará.

CAPÍTULO III

5.^a La religión del Estado es la Católica, Apostólica, Romana.

EXPLICACIÓN

— ¿Qué quiere decir soberanía?

— Poder ó mando supremo, y por tanto independiente. El soberano no depende de nadie y todos dependen de él.

— ¿Quién es el soberano, ó en quién reside radicalmente y en toda su plenitud la soberanía?

— En la Nación.

— Pero esa soberanía ¿es absoluta e ilimitada?

— No señor, puesto que sólo se extiende a los intereses comunes a todos los asociados, quedando fuera de su acción ó imperio los derechos individuales. Y aun obrando dentro de su propia esfera, debe ser dominada ó guiaça por un principio superior a la voluntad humana, a saber, por el principio de justicia, que es la ley reguladora del mundo moral.

— ¿Es transmisible ó delegable?

— No, señor: los derechos en potencia no se transmiten ni delegan.

— ¿Es divisible?

— Tampoco, pues no hay más que un soberano.

— ¿Es prescriptible?

— Igualmente no.

— Luego, ¿los atributos ó caracteres peculiares de la soberanía son: la intransmisibilidad, la indivisibilidad, la limitación y la imprescriptibilidad?

— Justamente.

— ¿Qué se entiende pues propiamente por soberanía del pueblo ó de la Nación?

— La voluntad general aplicada a los intereses comunes del país, como la paz interior, el orden público, la defensa del territorio, la gestión de los negocios comunes a todos los habitantes del Estado. Así, la voluntad general no tiene derecho alguno para intervenir cuando en aquello que sólo atañe a un individuo, usa éste, bien ó mal, de su independencia.

— ¿Cómo se manifiesta la voluntad general?

— Directamente por medio del sufragio en los comicios electorales, ó en aquellos en que el pueblo es llamado a prestar ó rehusar su aceptación a la Constitución ó a las reformas constitucionales; de una manera indirecta y presunta, por las leyes que expedían sus representantes.

— Luego, ¿no existe soberanía alguna absoluta?

— Sí señor: con relación a la comunidad, y siempre que el acto por el cual se ejerce afecte tan sólo al mismo que lo ejecuta, la soberanía individual es absoluta; pero esa soberanía, el individuo no es dueño de enajenarla ni de delegarla, porque semejante delegación sería un verdadero suicidio moral, y de hecho tampoco la delega. He ahí

por qué tales actos están fuera de la jurisdicción de toda autoridad humana.

— E l Estado ¿es susceptible de profesar una religión ó culto?

— La Constitución, en su artículo 5.^a dice: *La religión del Estado es la Católica, Apostólica, Romana.* Pero este artículo, razonablemente interpretado y habida también consideración a lo que establecen el 81 y el 98 de la misma, no puede querer decir otra cosa sino que el Estado protege y costea el culto católico.

— ¿La Constitución prohíbe el ejercicio de los demás cultos?

— No, señor; y la opinión y la costumbre los consiente y autoriza.

— ¿Qué es lo que en el fondo se establece y determina por el artículo 3.^a?

— Que la Nación se pertenece a sí misma, y que ninguna persona ó colección de personas ejerce en la República autoridad ó mando en virtud de un derecho propio ni de un derecho hereditario, sino sólo en virtud de derecho derivado de la voluntad nacional y de la Constitución del Estado.

Sección 2.^a

DE LA CIUDADANIA, SUS DERECHOS, MODOS DE SUSPENDERSE Y PERDERSE

CAPÍTULO I

6.^a Los ciudadanos del Estado Oriental del Uruguay son naturales ó legales.

7.^a Ciudadanos naturales son todos los hombres libres nacidos en cualquier punto del territorio del Estado.

8.^a Ciudadanos legales son: los extranjeros, padres de ciudadanos naturales, avenidos en el país antes del establecimiento de la presente Constitución; los hijos de padre ó madre natural del país, nacidos fuera del Estado, desde el acto de avenirse en él; los extranjeros que en calidad de oficiales han combatido y combatieren en los ejércitos de mar ó tierra de la Nación; los extranjeros, aunque sin hijos, ó con hijos extranjeros, pero casados con hijas del país, que profesando alguna ciencia, arte ó industria, ó poseyendo algún capital en giro ó propiedad raíz, se hallen residiendo en el Estado al tiempo de jurarse esta Constitución; los extranjeros, casados con extranjeras, que tengan algunas de las cualidades que se acaban de mencionar y tres años de residencia en el Estado; los extranjeros no casados que también tengan alguna de dichas cualidades y cuatro años de residencia, y los que obtengan gracia especial de la Asamblea por servicios notables ó méritos relevantes.

CAPÍTULO II

9.^a Todo ciudadano es miembro de la soberanía de la Nación; y como tal, tiene voto activo y pasivo en los casos y forma que más adelante se designará.

10. Todo ciudadano puede ser llamado a los empleos públicos.

CAPÍTULO III

11. La ciudadanía se suspende:

1.^a Por ineptitud física ó moral, que impida obrar libre y reflexivamente.

2.º Por la condición de sirviente á sueldo, peón jornalero, simple soldado de línea, notoriamente vago, ó legalmente procesado en causa criminal, de que pueda resultar pena corporal ó infamante.

3.º Por el hábito de ebriedad.

4.º Por no haber cumplido veinte años de edad, menos siendo casado desde los dieciocho.

5.º Por no saber leer ni escribir, los que entran al ejercicio de la ciudadanía desde el año de 1840 en adelante.

6.º Por el estado de deudor fallido, declarado tal por juez competente.

7.º Por deudor al fisco, declarado moroso.

CAPÍTULO IV

12. La ciudadanía se pierde:

1.º Por sentencia que imponga pena infamante.

2.º Por quiebra fraudulenta, declarada tal.

3.º Por naturalizarse en otro país.

4.º Por admitir empleos, distinciones ó títulos de otro gobierno, sin especial permiso de la Asamblea; pudiendo en cualquiera de estos cuatro casos solicitarse y obtenerse rehabilitación.

EXPLICACIÓN

— ¿La ciudadanía es renunciable?

— Dentro del territorio de la República, por lo menos, no; y, sobre todo, no podría serlo la ciudadanía natural, porque si la legal puede en abstracto ser encarada como un derecho, no así la natural, que es una calidad, condición ó atributo independiente de la voluntad del hombre. La ciudadanía natural no se elige.

Sección 3.^a

DE LA FORMA DE GOBIERNO Y SUS DIFERENTES PODERES

CAPÍTULO ÚNICO

13. El Estado Oriental del Uruguay adopta para su gobierno la forma Representativa Republicana.

14. Delega al efecto el ejercicio de su soberanía en los tres altos poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial, bajo las reglas que se expresarán.

EXPLICACIÓN

— ¿El pueblo ó la nación ejerce directamente la plenitud de su soberanía?

— No, señor: fuera de los casos de elección popular, en que obra por sí mismo, ó por acto propio, el pueblo delega el ejercicio de su soberanía, bajo las reglas y con las limitaciones establecidas por la Constitución, en los tres poderes mencionados en el artículo 14. Esta delegación del ejercicio de la soberanía es precisamente lo que constituye y caracteriza al gobierno representativo.

— ¿Los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial son soberanos?

— No, señor: son simples agentes, apoderados ó representantes del único soberano, que es la Nación, bien que, en un sentido limitado, no hay inconveniente en decir que

son soberanos dentro de la esfera ó círculo de sus respectivas atribuciones.

— ¿Son independientes?

— Absolutamente, no; pero sí relativamente, y en esta independencia relativa consiste su respectiva soberanía. Así, el Ejecutivo co-legisla por medio del voto y de la reglamentación de las leyes, y el Judicial por medio de la jurisprudencia que establece con sus propias decisiones; el Legislativo por su parte co-administra en la sanción del presupuesto y revisión de cuentas, en el nombramiento de enviados diplomáticos y en el de empleados militares desde coronel arriba, y co-juzga administrativamente en la destitución de empleados por ineptitud ó omisión, y políticamente en la condenación ó absolución de los acusados ante el Senado por la Cámara de Representantes.

Los poderes públicos, pues, son harmónicos entre sí, hacen parte de un todo, no son otras tantas máquinas, sino otras tantas piezas de una sola máquina: el gobierno. Su independencia absoluta produciría su falta de cohesión, y su falta de cohesión haría imposible la función y la existencia misma de todo gobierno.

Sección 4.^a

DEL PODER LEGISLATIVO Y SUS CÁMARAS

CAPÍTULO I

15. El Poder Legislativo es delegado á la Asamblea General.

16. Ésta se compondrá de dos Cámaras, una de Representantes y otra de Senadores.

17. A la Asamblea General compete:

1.º Formar y mandar publicar los códigos.

2.º Establecer los tribunales y arreglar la administración de justicia.

3.º Expedir leyes relativas á la independencia, seguridad, tranquilidad y decoro de la República, protección de todos los derechos individuales, y fomento de la ilustración, agricultura, industria, comercio exterior e interior.

4.º Aprobar ó reprobar, aumentar ó disminuir los presupuestos de gastos que presente el P. E., establecer las contribuciones necesarias para cubrirlos; su distribución; el orden de su recaudación e inversión, y suprimir, modificar ó aumentar las existentes.

5.º Aprobar ó reprobar en todo ó en parte las cuentas que presente el Poder Ejecutivo.

6.º Contraer la deuda nacional, consolidarla, designar sus garantías y reglamentar el crédito público.

7.º Decretar la guerra, y aprobar ó reprobar los tratados de paz, alianza, comercio y cualesquiera otros que celebre el P. E. con potencias extranjeras.

8.º Designar todos los años la fuerza armada, marítima y terrestre, necesaria en tiempo de paz y de guerra.

9.º Crear nuevos Departamentos, arreglar sus límites, habilitar puertos, establecer aduanas y derechos de exportación e importación.

10. Justificar el peso, ley y valor de las

monedas, fijar el tipo y denominación de las mismas, y arreglar el sistema de pesas y medidas.

11. Permitir ó prohibir que entren tropas extranjeras en el territorio de la República, determinando para el primer caso el tiempo en que deban salir de él.

12. Negar ó conceder la salida de fuerzas nacionales fuera de la República, señalando para este caso el tiempo de su regreso á ella.

13. Crear y suprimir empleos públicos; determinar sus atribuciones; designar, aumentar ó disminuir sus dotaciones ó retiros; dar pensiones ó recompensas pecuniarias ó de otra clase, y decretar honores públicos á los grandes servicios.

14. Conceder indultos ó acordar amnistías en casos extraordinarios, y con el voto, á lo menos, de las dos terceras partes de una y otra Cámara.

15. Hacer los reglamentos de milicias, y determinar el tiempo y número en que deben reunirse.

16. Elegir el lugar en que deben residir las primeras autoridades de la Nación.

17. Aprobar ó reprobar la creación y reglamentos de cualesquiera bancos que hubieren de establecerse.

18. Nombrar, reunidas ambas Cámaras, la persona que haya de desempeñar el P. E. y los miembros de la Alta Corte de Justicia.

CAPÍTULO II

18. La Cámara de Representantes se compondrá de miembros elegidos directamente por los pueblos, en la forma que determine la ley de elecciones, que se expedirá oportunamente.

19. Se elegirá un representante por cada tres mil almas ó por una fracción que no baje de dos mil.

20. Los Representantes, para la 1.^a y 2.^a legislatura, serán nombrados en la proporción siguiente: por el Departamento de Montevideo 5; por el de Maldonado 4; por el de San José 3; por el de la Colonia 3; por el de Soriano 3; por el de Paysandú 3; por el del Durazno 2, y por el del Cerro Largo 2.

21. Para la 3.^a legislatura deberá formarse el censo general y arreglarse á él el número de Representantes; dicho censo sólo podrá renovarse cada ocho años.

22. En todo el territorio de la República se harán las elecciones de Representantes el último domingo del mes de noviembre, á excepción de las dos que han de servir en la 1.^a legislatura, que deben hacerse precisamente luego que la presente Constitución esté sancionada, publicada y jurada.

23. Las funciones de los RR. durarán por tres años.

24. Para ser elegido Representante se necesita: en la 1.^a y 2.^a legislatura, ciudadanía natural en ejercicio, ó legal con 10 años de residencia; en las siguientes, 5 años de ciudadanía en ejercicio, y en unas y otras, 25 años cumplidos de edad, y un capital de \$ 4 000, ó profesión, arte ó oficio útil que le produzca una renta equivalente.

25. No pueden ser electos Representantes: 1.º Los empleados civiles ó militares, dependientes del P. E., por servicio á sueldo

do, á excepción de los retirados ó jubilados.

2.^o Los individuos del clero regular.

3.^o Los del secular que gozaren renta con dependencia del Gobierno.

26. Compete á la Cámara de Representantes:

1.^o La iniciativa sobre impuestos y contribuciones, tomando en consideración las modificaciones con que el Senado las devuelva.

2.^o El derecho exclusivo de acusar ante el Senado al Jefe Superior del Estado y sus ministros, á los miembros de ambas Cámaras y de la Alta Corte de Justicia, por delitos de traición, concusión, malversación de fondos públicos, violación de la Constitución, ú otros que merezcan pena infamante ó de muerte, después de haber conocido sobre ellos á petición de parte, ó de alguno de sus miembros, y declarado haber lugar á la formación de causa.

[Continuará.]

TERCETOS

Á mi hija María Amalia.

Dios hizo un día de mi hogar un cielo,
Y como blanca y divinal paloma
En él un ángel replegó su vuelo.

Todo la imagen de su encanto toma;
Todo á su luz de claridad se viste,
Y todo exhala su exquisito aroma!

La pena al lado suyo nunca existe,
Y es tanta la ventura que me inspira,
Que hasta el Edén sin ella fuera triste.

Mi aliento es el aliento que respira;
Su bien y su salud, mi única idea,
Y vivo más cuando feliz me mira.

Ya cerca ó lejos de su luz me vea,
El entrañable amor que la profeso
Repite sin cesar: «Bendita sea!»

Más, para mí, no existe otro embeleso
Que el de mirarme en sus alegres ojos
Y recibir de su boquita un beso!

Duelos, afanes, lágrimas, enojos,
Los disipan sus cándidas miradas
Y las sonrisas de sus labios rojos.

Las horas de mi vida, perfumadas
Con los efluvios de su sér bendito,
Son músicas del cielo regaladas.

Su recuerdo indeleble es infinito,
Porque su nombre, al adorarla tanto,
Dios, para siempre, en mi memoria ha escrito!

Ella endulza las fuentes de mi llanto,
Ella mis ansias angustiosas calma,
Y ella me inspira este sentido canto.

Ella es mi gloria, la lozana palma
Que floreció al calor de mis amores,
Y ella es mi dulce bien, mi hija del alma!

Para ella son mis cánticos mejores,
Para ella mi ternura más sentida,
Y para ella mis besos y mis flores.

¡Espiríntual encanto de mi vida!
No comprendes aún en tu inocencia
Con cuánta adoración eres querida;

No comprendes cuán grande es la vehemencia
Del amor de tu padre, que en ti ha puesto
Toda la aspiración de su existencia!

¡Sol y alegría de mi hogar modesto!
Cuando pasen tus años y concibas
A cuánto por tu bien estoy dispuesto,

Apreciarás los goces que recibas
Con los tesoros que afanoso encierra
Mi corazón para que en calma vivas!

Y nada para ti sobre la tierra,
Has de saber, que pueda defenderte
Como mi amor, de la mundana guerra!

Yo velo, como vela por tu suerte
El Dios que de los ángeles se cuida,
Y me aterra por ti sólo la muerte.

Tu amparo soy: tu inexpugnable egida
Contra el dolor que vaga por el mundo
Para agostar las flores de la vida!

De mis ternuras el raudal fecundo
Arrastra mi ambición hasta el delirio,
Y por ti no descanso ni un segundo.

Pienso que tu existencia es como un lirio
Que al contacto del viento se marchita,
Y entonces se despierta mi martirio.

Entonces, como el mar que precipita
Sus olas á la playa, hecha un torrente,
Toda mi sangre me sofoca y grita:

«Vive para ella, adora hasta el ambiente
«Y la lumbre del Sol que la circunda
«Y acaricia los rizos de su frente!

«Jamás le falte tu pasión profunda,
«Que el cariño de padre es á los hijos
«Como el riego á la mies que la fecunda!»

Así me grita. Y con los ojos fijos
En Dios, que ve tu porvenir distante,
Te entrego mis cuidados más prolíjos.

Por ti se afana el corazón amante;
Se entraña más mi ciega idolatría;
Te consagro un recuerdo á cada instante,
Y sin cesar bendígote, hija mía!

RICARDO PASSANO.

Literatura americana

Con motivo de la remisión del libro *Prosistas y poetas de América moderna*, su autor, el conocido publicista trasandino Pedro Pablo Figueroa, hace las consideraciones que en seguida reproducimos, en carta dirigida á nuestro compañero de Redacción doctor Pérez Petit.

Es un libro americano por su espíritu y sus tendencias, inspirado en el pensamiento de patentizar los bríos geniales de la raza y los ideales de la literatura nativa.

No encontrará V. en él la mordacidad de una crítica apasionada, ni la psicología de un temperamento acostumbrado á la sutileza filosófica, sino el criterio severo del ana-

lista que pone de relieve las cualidades peculiares de los artistas y literatos americanos transparentados en sus obras, reflejados á través de un sentimiento de fraternidad intelectual que se inspira en el acendrado amor á la patria continental.

Se ha creído ver, por algún censor, en sus estudios un marcado propósito numérico, es decir, estadístico, que no ha abrigado su autor.

El cuadro que copia una legión no revela ni las condiciones superiores del pintor ni las glorias brillantes de la escena militar que se representa.

Una acuarela presenta muchas veces, con mayor esplendor y belleza, las faces de un ejército.

Mi anhelo ha sido solamente exponer en este libro, en capítulos más ó menos breves, acaso truncos, las originales manifestaciones del ingenio americano, tomando un modelo de cada nacionalidad, sin exageraciones ni recargo de colores. De mi paleta ha salido la figura sincera y fiel de cada monografía, sin el frío cálculo de Mirecourt ni la profusión de tintas de Gautier.

Acaso me he dejado impresionar por los paisajes de la América prodigiosa, de esta América paradisiaca que ha descrito Zorrilla de San Martín en su poema indiano y Rafael Obligado en su canto fulgurante de inspiración.

Lea V., que está dotado de un fino sentido de análisis, que es un crítico que sabe sentir las emociones del arte y que hace de la pluma un escudo de refugio para las ideas hermosas, que es paladín de las letras, los capítulos de Antuña, de Cambaceres, de Guimaroës Junior, de Samper, de Blest Gana, de David Guarín, de Rosario Orrego, de Rubén Darío, de Gutiérrez Nájera, de Jorge Isaacs, de Justo Sierra, de Matías Behety—el Musset del Plata,—de Martí, de Adolfo Lamarque, este Werther de la poesía argentina, y por fin, el de Fenelón Galleguillos, especie de Imberto Galloix del Pacífico, y encontrará en todos y en cada uno el ideal de una literatura americana, hija de nuestra naturaleza esplendorosa y de nuestro cielo radiante de luz y de astros como nuestros valles sembrados de oasis.

Hay por ahí, como violeta perdida en la selva, una nota típica de nuestra raza indígena que resalta con sus rasgos geniales, y es la silueta del poeta y del tribuno nativo, el indio Altamirano, de las florestas de Méjico.

También se desprende, como melodía de una orquestación, una especie de cántico de la ternura india en la descripción que, en el boceto de Matías Behety, se hace de la inclinación poética y musical de las razas nativas de los valles del Plata, de Bolivia, del Perú y de Chile, en las que se exhibe un sentimiento de la más espontánea vibración.

De ahí, de esta cualidad nativa es de donde deduzco la originalidad y la fuerza de la literatura americana.

Esta revelación artística es peculiar en todas las naturalezas de esta raza, pues se manifiesta en el tribuno poderoso como Héctor Varela, en el educacionista incontrastable como Faustino Sarmiento, en el

historiador modelo como Bartolomé Mitre, en el poeta como José María Heredia y Joaquín Olmedo, en el libertador como Bolívar, en el novelista como Jorge Isaacs.

La novedad en el pensamiento, la energía en la idea, en la acción, el brillo y el fuego del entusiasmo, la delicadeza y la riqueza de sentimientos resaltan en todos los temperamentos, sean éstos artistas ó sean pensadores.

En el diarismo como en la organización social, en la dirección pública como en las batallas, en las exploraciones ignotas como en las obras atrevidas, en todas las manifestaciones del alma y del genio se modela el carácter de la raza en actos heroicos y ejemplares á la vez que de la más sublime ternura.

Una página de Acevedo, Díaz es tan melodiosa como una creación musical de Juventino Rosas y un canto de Joaquín Miller. La opulencia de la prosa es en todos típica y la belleza artística reproducción brillante de la naturaleza nativa.

Recórrase un artículo de Martí; contémpiese un paisaje de Smith, el soñador de la pintura chilena; léase una poesía de Gutiérrez Nájera; siéntase una melodía de Juventino Rosas, el armonioso poeta del valse sobre las olas; repítase la lectura de una página de María de Isaacs, y en todas esas creaciones artísticas se encontrará, en relieves conmovedores, la ternura y la belleza de concepción de la raza americana inspirada en la espléndida naturaleza que le ha servido de cuna.

V., con su natural penetración y su cultura, podrá formarse un juicio cabal y justiciero de este propósito de mi libro, que, por otra parte, no obedece á ningún fin especulativo.

PEDRO PABLO FIGUEROA.

ODAS DE HORACIO

(TRADUCCIÓN)

Rectis viveus, Licini.

(Lib. II, Od. 10)

Mejor el rumbo seguirás, Licino,
No remontando de la mar el seno
Ni costeando la dolosa playa
Por evitar la tempestad del cielo.

El hombre sabio que estimó prudente
La medianía, no se acoge al techo
Pobre y vetusto ni al alcázar de oro
Que en pórvido labrado es un portento.

El huracán los árboles más altos
Rompe, y las torres á su airón funesto
Caen en ruinas, y soberbias cumbres
Se ven heridas del celeste fuego.

El varón animoso no confía
En la dicha jamás; contrario imperio
Vence, esperando nuevo día; y Jove
En grata primavera cambia el hielo.

No aciaga suerte vivirá por siempre;
También la Musa inspirará el Dios Febo
Para que cante, que no siempre apresta
Y tiende el arco de furores bélicos.

Si el infortunio te acosare, al mundo
Muéstrale siempre un corazón sereno;
Y si propicio viento de tu nave
Hincha la vela, coge el aparejo.

VICTOR PÉREZ PETIT.

Sobre lenguaje

Á PROPÓSITO DE UNA OBRA DE RICARDO PALMA

(Continuación)

DESAPERCIBIDO—Al tratar de esta voz, Palma se expresa así: «En la acepción de *inadvertido*, se ha impuesto tanto en España como en América.»

Tiene razón el benemérito autor de *Tradiciones*, si por *imponerse* entendemos, más que infundir respeto ó miedo, el usarse por doctos e inoductos de todas partes.

Desapercibido, en la preindicada acepción, es voz que ha sido empleada á porrillo. El autor cuyo libro me ocupa refiere que un su amigo, á quien le censuraron su empleo, recopiló más de doscientas citas en su apoyo. Por mi parte, recuerdo haberla notado, con la acepción que censuran Baralt, Sbarbi y Bobadilla, en Capmany, Espronceda, Mora, Bretón de los Herreros, Zorrilla, Martínez de la Rosa, Salvá, Donoso Cortés, Clemencín, Amador de los Ríos, Pacheco, Avendaño, Cánovas del Castillo y Trueba.

Con todo, yo no me atrevería á recomendar esta palabra, apadrinada por escritores tan afamados, si bien creo que exagera el conocido autor de *Solfeo* cuando refiriéndose á las frases *pasar desapercibido y bajo este punto de vista*, dice en *Capirotones* (pág. 291): «El único medio, á mi ver, de extirpar semejantes desatinos, sería fijar en las esquinas unos carteles con letras muy gordas que recen:

AL PÚBLICO BAJO ESTE PUNTO DE VISTA, PASAR DESAPERCIBIDO.

Queda prohibido, so pena de pagar una multa de cincuenta pesetas, el uso de tales frases.»

DESVESTIRSE—Asevera Palma rotundamente que *desvestirse* y *desnudarse* son acciones distintas; que quien se desnuda se despoja hasta de la ropa interior.

Debe de ser ello cierto. Sin embargo, se me acuerda haber leído en Cervantes (*Quijote*, primera parte, capítulo LI):

Tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto había, y al cabo de tres días hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa había sacado.

Luego, no estaba en pelota.

DIMISIONARIO—No estoy por la admisión de esta voz, tomada del francés.

Pero aun en francés no es antigua con esta significación. *Démissionnaire* es palabra de uso moderno, por más que la nueva acepción haya hecho olvidar la primera, hoy en desuso, según Bescherelle.

En nuestro idioma presenta el grande inconveniente de que los sustantivos terminados en *ario* tienen por lo común sentido pasivo, con

especialidad cuando proceden de verbos en los que se puede distinguir el sentido pasivo del activo. Así es *donatario* aquel á quien se hace una donación; *legatario*, la persona á quien se deja una manda ó legado; *arrendatario*, la que toma en arriendo alguna cosa, si bien suele expresarse la misma idea con *arrendador*; y son *usuarios* y *usufructuarios* los que reciben una cosa para gozar del uso ó del usufructo.

DISFUERZO—*Disfuerzo* y *disfrazarse* son palabras que significan en el Perú algo así como *remilgo*, *engreírse*, y que morirán con la última lirmeña, dice Palma.

Me cuesta creer, con todo, que dicciones de tan difícil pronunciación logren generalizarse.

DISPARATERO—Queda dicho en otro lugar que esta voz, usada en el Perú en vez de *disparatador*, no se usa en el Plata.

Agrego ahora que por su terminación ella no trae á la mente el significado que se le atribuye, y que está mal formada.

EMPACACIÓN—Lo mismo digo de esta palabra, que Palma recomienda.

Empacador se ha dicho siempre en el Plata, y me parece preferible á aquélla.

EMPAVARSE—Por *correrse*, no creo que merezca otra cosa que ser confinada á las regiones donde hoy se usa.

EMPECINADO—En la acepción de *obstinado*, *terco*, *tenaz*, se usa mucho este sustantivo y adjetivo *empecinado*, como el verbo *empecinarse*, que equivale á *encapricharse*, *obstinarse*, etc.

Pero tiene otra acepción, que Palma no menciona.

Empecinados eran llamados los adeptos de un partido español intransigente de la época de la revolución americana.

Citaré ejemplos que lo comprueben:

Habiase formado un partido, bajo la dirección de fray Cirilo de Alameda, redactor de *La Gaceta*, que deseaba vencer á todo trance ó sucumbir en la demanda. La exaltación de ideas y propaganda con que se había iniciado en la vida política, contrajo á esta agrupación el nombre de partido *empecinado*, con que se la conocía. (Francisco Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, tomo III, pág. 63, 1.ª ed.)

Partiendo de esta base fué que los oradores de una y otra parte emitieron sus opiniones, incluso los más *empecinados* españoles europeos. (Bartolomé Mitre, *Comprobaciones históricas*, Segunda parte, pág. 172.)

No es novedad que el obispo Lúa fué un español *empecinado* y uno de los principales conjurados. (Vicente Fidel López, *Refutación á las Comprobaciones sobre la Historia de Belgrano*, tomo II, pág. 656.)

El 24 de enero, Elio cerraba las puertas del Uruguay al gobierno de la Junta, reforzaba las poblaciones del litoral, comisionaba á la flotilla para que vigilara los ríos, y se declaraba el más *empecinado* de los *empecinados*, partido español exagerado que acababa de cometer, acudillado por Soria, los más violentos desmanes. (Víctor Arreguine, *Historia del Uruguay*, págs. 170-171.)

La fracción de los llamados *empecinados*, que existía á la sazón en la plaza de Montevideo, y de que eran cabezas principales el comandante de marina Salazar y el mayor de plaza Ponce, se había manifestado opuesta al armisticio. (Isidoro De-Maria, *Compendio de la Historia de la República Oriental del Uruguay*, libro II, pág. 127.)

Trataba de abolir el derecho de óleos, aquel peaje que pagamos á la entrada de la vida, y el clérigo Astorga, que había sido *godo empecinado*, y era entonces católico rancio, para ser después federal neto, acusaba el fanatismo de los mismos pobres á quienes se quería aligerar de aquella gabela, ni más ni menos como ahora los bárbaros llaman salvajes y extranjeros á los que se interesan por volverlos á contar entre los pueblos civili-

zados. (Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*, pág. 81.)

Mucho sigilo, hermanos, añadió. Un *empecinado* ha seguido mis pasos. (Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*, página 290.)

¿Para qué quieren las personas de bien el dinero? Aquí no hay gente viciosa. Los *empecinados* combaten por la gloria, la libertad, la independencia. (B. Pérez Galdós, *Juan Martín el Empecinado*, tomo V de los *Episodios Nacionales*, pág. 50.)

Y a propósito de esta obra del eminentísimo novelador español, debo hacer notar que la voz *caudillaje* no es tan exclusiva de nosotros los americanos como he aseverado en otro lugar, pues en la página 39 de esa novela se lee:

Tres tipos ofrece el *caudillaje* en España, que son: el guerrillero, el contrabandista, el ladrón de caminos.

EMPLUMAR—Digo de esta voz lo que manifesté al principio de estos apuntes: que no se usa en el Plata en la acepción que se le asigna.

Ni la recomiendo, por mi parte. *Emplumar*, por *evadirse*, *desaparecer*, *alzar el vuelo*, no es sino una de tantas voces con significación caprichosa, que bien puede... alzar el vuelo... evadirse... desaparecer.

ENMONARSE—Afirma el autor de *Neologismos y americanismos*, que es lo mismo que emborrracharse, tener una *mona*.

Prescindiendo de lo pernicioso que sería formar verbos para cada palabra con que designamos por acá la borrachera (*mamada*, *pedo*, *mamúa*, *tranca*, *peludo*, etc.), yo creo que se equivoca grandemente.

Enmonarse, caso de ser necesario, será no tener una *mona*, sino *cogerla*, lo que, como se ve, es cosa diferente.

ESCLAVATURA—Es conjunto ó *colectividad* de esclavos, dice Palma; y opino que yerra:

1.º Porque *conjunto* es agregado de varias cosas, según la Academia, lo cual, hoy a lo menos, no puede decirse de los esclavos. Verdad es que la misma docta Corporación se contradice al tratar de las voces *nacidos*, *episcopado* y *protestantismo*.

2.º Porque, prescindiendo de esto, la voz *esclavatura*, tal como suele usarse, no dice relación a número, sino parece referirse a la idea de sistema ó institución. Así el mismo Palma, a renglón seguido de lo transcrita, agrega: «*Esclavocrata*—Defensor ó partidario del sistema de esclavatura.»

FRANGOLLO—Es también, como en Chile y el Perú, de uso frecuente en el Plata, y lo mismo *frangollador*, *frangollón*, formados del castizo *frangollar*, hacer una cosa mal y de prisa.

Aventaja a los demás
El que estas cosas entienda.
Es bueno que el hombre aprenda.
Pues hay pocos domadores
Y muchos *frangolladores*
Que andan de bozal y rienda.

(José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*.)

Frangollón, na, adj.—Dice del que hace de prisa y mal una cosa. Ú t. c. s. (Daniel Granada, *Vocabulario Rioplatense*.)

FREGAR—Por *fastidiar*, es empleado no solamente en el Perú, sino también en Colombia, en Chile, en el Plata y probablemente en toda Hispano-América.

Y por qué no tocan gato,
Ó aunque sea pericón,
Ó cielo con relación
Para que pueda bailar?
No venga, don, a fregar

Con sus bailes de *puebleros*.
¿Para qué tocan *lanceiros*?
Si a nadie van a *lancear*?
(Toribio Zapata.)

Pero, Zapata, no *friegue!*
¿Qué banda quiere que llegue?
¿No ve que van a tocar
El piano para bailar?
—Piano! —dijo:— no comprendo.
Pero ¿qué diablo está haciendo
Que tarda tanto en llegar?

(Ibid.)

Pero opino con el apreciable autor de *Reparos al Diccionario de Chilenismos*, que palabras como ésta y sus derivados deben proscribirse del lenguaje culto.

FRITANGA—Usada en lugar de *fritada*, tiene esta voz tanto uso en América, que es imposible desterrarla.

«Parece, sin embargo, observa Amunátegui Reyes, que la voz *fritanga* no es desconocida en España, como se ve por el siguiente trozo, tomado de un artículo escrito por don José Ortega Munilla con el nombre de *Noche de Reyes*!»

Lo mismo era su madre, se apresuró a decir la tía Sátrapa, mientras espolvoreaba la molida y bien oliente canela sobre el caldero de la *fritanga*.

GALIQUIENTO—Amunátegui Reyes dice al ocuparse en esta voz que los sifilíticos ó galicosos, como los llama el Diccionario de la lengua, son designados en su país con el nombre de *galiquentos*.

GALPÓN—He extrañado que, al tratar de este vocablo, haya notado Palma sólo que es el departamento que en las haciendas de América habitaban los esclavos, porque, a lo que entiendo, él mismo en alguna ocasión nos ha hablado de que es una construcción generalmente aislada, con paredes ó sin ellas, y el techo de una ó dos pendientes.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que esta significación no es desconocida ni en el Perú, ni en Chile, ni en Méjico.

Hoy hace de iglesia una cuadra, ó *galpón*, bien inferior. (Azara, *Descripción é historia del Paraguay y del Río de la Plata*.)

En el campamento de López se ven pocas tiendas de campaña: el alojamiento de la tropa es de muchos, entre los que se ven casas de material y vastos *galpones*. (León de Palleja, *Diario de la guerra del Paraguay*, tomo 2º, pág. 160.)

Ya estamos en la fábrica, cuyas instalaciones las componen cuatro edificios importantes. A la derecha, las *canchas de matanza* y *galpones* para la elaboración de los productos. (Daniel Muñoz, *Colección de artículos*, pág. 306.)

Allí estarían los astilleros, allí estarían los arsenales navales, situados hoy en los *galpones* de Zárate, que es lo mismo que decir en la playa de San Borombón. (Ángel Floro Costa, *Nirvana*, pág. 289.)

Hasta 1855, que se introdujeron en las estancias procederes industriales y el uso de la galleta, pues el pan era desconocido, fué práctica colgar una res entera en el *galpón* a merced de los peones, y renovarla cada tres días para anticiparse a la descomposición. (Domingo F. Sarmiento, *Conflictos y armonías de las razas en América*, pág. 19.)

Como lo dije, ¡gran disgusto! Benavente, el estúpido Benavente tiró la cojilla de su apesado puro en el *galpón*, sobre el pasto de las camas. (Carlos Reyles, *Beba*, pág. 255.)

Después, en los otros puntos
tenían colocación
una tahona, dos cocinas,
el granero y el *galpón*.
(Hilario Ascasubi, *Santos Vega*, Primer volumen, pág. 32.)

Y los obreros que el *galpón* levantan
Al golpear en las clavadas vigas
Del cine haciendo vibrar las chapas,
La siempre invicta voluntad del hombre,
La gran cosecha y la victoria cantan!
(Francisco Soto y Calvo, *Poesías*, pág. 137.)

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

[Continuará]

RECUERDOS DEL PARÍS-BOHEMIA

Julio Bambill, autor del interesante artículo que sigue, es uno de los escritores jóvenes argentinos cuyos meritorios trabajos en las revistas literarias de su país le han granjeado un nombre, por la amabilidad de su estilo, de irisaciones parisinas, y por la novedad de las ideas estéticas que informan sus producciones.

Amigo del pontífice y de los corifeos del decadentismo, retrata sus genialidades, ya pinta la embriaguez de Verlaine, ya describa el aspecto burgués de Moréas, ya transparente la idiosincrasia de Gómez Carrillo, ya llora en párrafos conmovedores y sentidos la prematura muerte del pintor Domínguez.

Los lectores de la REVISTA NACIONAL leerán con placer, no lo dudamos, las hermosas páginas del joven literato argentino.

Á Santiago Maciel.

Paul Verlaine reía á carcajadas cuando penetraba al café de los estudiantes, de los artistas de las bacantes modernas, del barrio de las escuelas: el D'Harcourt. Su enorme busto, parecido al de un dios griego, se destacaba en el grupo caprichoso de amigos y admiradores que le rodeaban. Una mujer peinaba con los dedos su barba descurada, y él reía, reía á carcajadas como un loco, embriagado por el ajenjo. Festeaba la salida de su «palacio de invierno» (el hospital), con toda riqueza y esplendor, pues un periódico de los de segundo orden, el *Fin de Siècle*, le había adelantado unos cincuenta lises, con la promesa de *Mis confesiones*. El autor de *Sagesse y Poèmes saturniens* vivía borracho; así escribía sus inmortales estrofas. La musa verde animaba su genio.—«Hay que vivir borracho para olvidar la pesada carga de la vida: embriagarse con el amor, la gloria, la poesía, el vino.... en fin, embriagarse de alguna manera.» ¡Nada tan triste; nada tan cierto!

El más genial de los poetas modernos bebía, y más bebía. Por sus ojos cruzaban las creaciones fantásticas de su gran cerebro; su gesto era nervioso; y su sonrisa, peculiar, amarga, daba tinte terriblemente satírico á sus burlas. Se mofaba diabólicamente de la comedia humana; el tema que había escogido era el de las riquezas; el brillo de éstas no le seduce; su desprendimiento tiene renombre entre el mundo latino. Sin embargo, las vulgaridades le compadecen y tienen lástima de su extrema pobreza; cuando se acuerda de esto, Verlaine ríe con risa socrática. Esa noche exclamaba alegremente: «Otros se quejan de mi pobreza; á la verdad que yo no necesito dinero: ¡cobro adelantado!» y mostraba las lucientes monedas de oro que hacía poco había recibido. Su indiferencia diogeniana

le hace olvidar por completo los halagos de la fortuna.

Entre la risa de sus palabras oculta la amargura de sus desengaños. ¡Feliz de él! ¡Qué superior, qué grande aparece Paul Verlaine visto por encima de esas pequeñezas de interés que esclavizan la humanidad entera!

Esa noche el poeta estaba inspirado: relámpagos de genio brillaban en sus ojos. En sus frases mezclaba lo dulce con lo amargo, el bien con el mal: esa mezcla diabólica y sublime que lo ha inmortalizado. Cuando se lamentaba tenía ganas de reír; cuando reía tenía ganas de llorar. Al retirarse colocó sobre la mesa todo el dinero que contenían sus bolsillos; luego lo arrojó por la terraza.

Los pobres que merodean por esos lugares se precipitan sobre las metálicas piezas, mientras él se salía riendo á carcajadas, embriagado por el ajenjo....

Verlaine era un neurótico admirable. Así como Byron y Alfred de Musset no escribieron nunca sino bajo la influencia de una sobreexcitación nerviosa, el talento del autor de *Canciones para ella* sólo fulgura entre vapores de alcohol, besos profanos y místicos sueños. Sacado de esa atmósfera vertiginosa, sus concepciones sublimes no serían nada. Él adora el contraste que forma su personalidad: «un niño inocente y un loco malvado en una pieza», constituye una excepción que forma, según el concepto del ilustre Gómez Carrillo, «la nota triunfal de su talento.»

**

Juan Moréas ha templado su laúd; nadie diría que él forma parte de una alegre estudiantina que termina su noche de insomnio en la *maison Barat*. El bardo helénico está triste. Alejado del bullicio en una mesa solitaria, medita taciturno. Es un hombre raro; días enteros los pasa entregado á una alegría infantil; otras veces sufre callado, pensando cosas imaginarias. Cualquiera que le vierá, al azar, sin conocerle, no imaginará encontrarse en presencia de un gran poeta.

No tiene ni el aspecto imponente que tenía Verlaine, ni el aire de distinción de Bourget; ni la sonrisa bondadosa de France. En esto se asemeja al gran pontífice de la novela moderna, el autor de los «Rougon-Macquard». No nos dice nada á primera vista; parece sencillamente un buen burgués.

Juan Moréas es uno de los poetas que han causado más admiración. Sus discípulos son numerosos; su fantasía es conmovedora. Vive acariciando ensueños lejanos, de lejanos tiempos. Su «Pelerin passionné» recorre antiguas edades de la Grecia, resucitando de las ruinas la grandeza del pasado. Júpiter, Venus y Minerva han trasportado sus tronos inmortales á orillas del Sena. Las vírgenes que hallamos, tienen siluetas dibujadas por las irreprochables líneas clásicas; su tez de rosa ha sido refrescada en Helicona; sus labios rojos están impregnados de dulzuras del Himeto.

Una preocupación amarga la existencia del gran Moréas. Según mi modesto parecer, creo que ella nos dará la clave de sus

horas tristes: «La primavera floreciente y el rigoroso estío se llevan consigo mi amor que languidece», ha dicho, en un instante de tédio, al sentir sobre sus espaldas el pesado fardo de los cuarenta años. Sin embargo, el bardo helénico es doblemente joven, por la edad, y por esa juventud imperecedera del espíritu. Aun con dedos nerviosos arrancará arpegios sublimes á su lira, que harán reverdecer la juventud pasada.

Pasada, sí; porque los hombres de su temple siempre viven más de lo que la edad indica. Cuando llegue á viejo, sus cantos, llenos de vigor y de armonías, serán las flores de la primavera de su genio.

Enrique Gómez Carrillo es el más notable escritor de la joven generación que habla en idioma de Cervantes. Era amigo de Verlaine, de Morice, de Moréas y de toda la *Bohemia*. Piensa en francés y escribe en español; es decir, funde en el molde sonoro de nuestra lengua la elegancia y delicadeza del idioma de Voltaire. Su palabra es fácil, su acento simpático. Nunca olvidaré la primera vez que le vi; una extraña sensación produjo en mi espíritu. Su rostro es de aquellos adolescentes geniales de Ribera, casi lampiño, alto, delgado, pálido, con unos ojos grandes y hermosos, cuya expresión de mirada es muy tierna. Cuando habla se le quiere; sus palabras son persuasivas y candorosas; lo que sus labios dicen son cositas adorables, expresadas con toda la ingenuidad de un niño y rodeadas con cierta aureola de benevolencia, que forma el fondo peculiar de su carácter. Gómez Carrillo posee el arte de la conversación.

Durante el tiempo que residí en París, una estrecha amistad nos ligó. Por eso no puedo dar datos interesantes sobre la biografía del que escribió «Sensaciones de Arte» y «Literatura Extranjera». Siempre fué morador del histórico *quartier*, y muy querido en el gremio de escritores y artistas. Su vida podría citarse como un modelo de método. En la dura lucha por la existencia ha sido un héroe: más de una vez ha visto cruzar ante sus ojos la imagen descarnada de la miseria, más de una vez ha resbalado por la pendiente escabrosa de la necesidad.... pero nunca jamás ha visto á ese niño gigantesco abatirse ó dudar en medio del peligro.

Enrique Gómez Carrillo es un artífice infatigable e inteligente del oro purísimo de nuestro idioma. Su asombroso trabajo es de catorce horas por día. Una vez, visitando el Panthéon, al admirar los frescos hermosos de Puvis de Chavannes, me confesaba que sentía no disponer de algunas horas diarias para admirar esas obras magistrales de los grandes genios que pueblan la capital del arte.

«Yo haría el estudio más completo que se ha hecho en nuestro idioma», decía, «de los artistas contemporáneos». Y á la verdad, ¿quién mejor que él podría hacerlo?

Gómez Carrillo es un espíritu superior y delicado que sabe sentir y comprender lo bello. Discípulo del más exquisito y elegante de los críticos de nuestra época: Anatole France, hace honor á su maestro, siendo el crítico más amable y refinado que

posee la literatura hispana. Indudablemente el medio en el cual actúa ha influido mucho en su fama universal; pero debido á su genio ha merecido la intimidad de los maestros.

Su entrada á las reuniones de «La Plume» es saludada con frases cariñosas y aplausos de admiración. Durante esas veladas ruidosas, él es un simple espectador. Su espíritu de observación lo separa de las expansiones generales: todo lo ve y todo lo comprende.

Puede aplicársele muy bien aquel adagio castellano: «no se puede ser juez y parte al mismo tiempo». Él es juez.

Temo mucho que se retarde la publicación de su nuevo libro «Estados de almas». —Cuando hace seis meses hizo un viaje á Centro América, el buque que lo conducía naufragó en las costas de Colombia. Los naufragos se salvaron con lo puesto. En una carta que me dirigió, relatando el siniestro, decía.... «lo único que siento son mis papeles». Tengo la seguridad de que él habrá recomendado su obra. Ella será un estudio interesantísimo del estado moral de la nueva generación inteligente. Si la suerte le fuera propicia, ¡cuántas cosas lindas nos escribiría! como él solía decirme al regresar fatigado de su empleo en la casa editorial de Garnier.

Luis Domínguez murió cuando recién empezaba su vida de artista, á los veintiún años.—Sus maestros de la «Académie Julianne»: Jean Paul Leaurans y Benjamín Costant decían que era su mejor alumno de dibujo. Honraba á su patria, y en ella nadie se acuerda de él. Ha muerto ignorado: pocos son los que saben que era una promesa de gloria para la República Argentina.—¡Pobre amigo!.... Los pinceles han caído de tu mano helada; tus campos de batalla han quedado desiertos; los ojos de tu imaginación poderosa ya no pueden pasearse cariñosos por el vasto escenario de tus pampas natales. !

Sus academias fueron modelo de corrección. Si se pudieran reunir, sería una adquisición valiosa para nuestro futuro museo nacional de pintura.—La única tela suya que conocí fué una cabeza de mujer, destinada al Salón de los Campos Elíseos.—Cuando sintió que la terrible tisis hacía estragos en su organismo, abandonó todo trabajo, obsequió con su obra á su modelo, y regresó...

Pocos meses más tarde yo también tuve que hacer mi viaje de regreso. Me fué del todo imposible adquirir el cuadro.... Su alma de artista era de una sensibilidad exquisita. Su imaginación de poeta acariciaba, en sueños lejanos, esa pampa misteriosa, tan amada por él!

El crepúsculo de la aurora, ó el de la tarde, en la inmensa llanura «solitaria y sola» era el fondo de los cuadros que su mente elaboraba. Poseía el sentimiento del misterio, y ¿qué enamorado de la pampa, del mar y del desierto no lo siente? Nadie como él para comprender y adorar las estrofas inmortales de Obligado y la prosa deliciosa de Loti.... Con él hemos perdido una esperanza. A fuerza de muchos desve-

los y de muchos sufrimientos había conquistado un puesto entre sus camaradas: todos le querían y no pocos le admiraban.

¡Pobre Domínguez! Como un héroe de última fila, has caído en medio la indiferencia del público y el llanto de tus amigos. Si tiempo te faltó para darte á conocer, no por eso es menos sensible tu pérdida, para aquellos que aman la infancia de nuestro arte nacional. Nadie como tú merece una columna truncada, con una paleta y pinceladas en la base y una corona de laureles en la cúspide. Mi buen amigo, yo cubriría de flores inmortales tu sepulcro y colocaría de centinela, allá en tu retiro, en la ciudad de los muertos, un sauce que llorara eternamente tu muerte prematura. . .

**
¡Cuántos y cuántos inolvidables recuerdos ha dejado en mi alma la *Bohemia*.

Reunidos al azar en un restaurant ó en un hotel ó en un cabaret del barrio latino, un grupo, ó mejor dicho, una banda de individuos de diferentes temperamentos y de distintas nacionalidades, constituye una unidad inquebrantable, una verdadera familia. Ah! los lazos de unión de la sangre no son ni tan sagrados, ni tan nobles como los de la amistad sincera.

En los primeros existe el deber; en los segundos, la ingenuidad, el libre ábedrío. . . son más generosos, son más humanos. El ostracismo hace germinar esa simpatía espontánea, ¡símbólica flor en el gran templo de los sentimientos! Luego la juventud, el hermoso despertar de la vida, lleno de luz, colores y alegría, nos vincula. . . y tenemos ilusiones, y creencias, y fe.

JULIO BAMBILL.

Hielo en el alma

El entusiasmo ayer; hoy, el hastío; de la esperanza en pos, la decepción. ¿Cuándo tendrá, cuándo tendrá, Dios mío, la paz que te pidió mi corazón?

Luce el albor de la anhelada aurora, el alma espera la fecunda luz, y apenas brilla, ¡decepción traidora! densa nube la envuelve en su capuz.

Primero la bonanza y la vislumbre de una dicha infinita; luz de amor; el ascenso feliz á la alta cumbre en que alzó sus palacios la ilusión.

Y luego la borrasca y la fría bruma de una noche sin fin; la eternidad del inmenso dolor que al alma abruma; del desencanto el torcedor fatal.

¿Dónde resides, voluntad que al hombre así sujetas á tu saña cruel?

¿Acaso es, dí, Fatalidad tu nombre? ¿Quién te ha prestado tu letal poder?

Tú, quien la fe en el corazón inflama; tú, quien siembra en el alma duda atroz; ¡eres, acaso, lo que el hombre llama Hado, Destino, Providencia, Dios?

Si no eres forma de un poder eterno, si en tí preside sólo lo mortal, ¿cómo puedes bajarnos al infierno sin dejarnos el cielo vislumbrar?

Extraña voluntad, fuerza invisible que impulsas á un abismo el corazón: ¡déjalo remontarse á lo intangible! ¡préstale fe para esperar en Dios!

Deja que luzca la anhelada aurora; que al alma inunde la fecunda luz; ¡no es posible vivir, hora tras hora, sólo á la luz que alumbría el ataúd!

¡No es posible vivir, cuando el hastío trae la esperanza en decepción; cuando, ardiendo el cerebro, siente frío el lacerado y triste corazón!

CONSTANTINO BECCHI.

5 de Marzo de 1884.

EN UN ÁLBUM

Con placer deposito mi ofrenda en el álbum de honor de Blanquita, que parece la hurí más bonita de oriental, misteriosa leyenda.

¿Qué la digo que no haya cantado el feliz trovador de sus gracias?.... No le cuadran las altas audacias que desborda el lirismo inflamado.

Es la niña, gentil, vaporosa, y la mente la forja venida de verjales eternos de vida á este mundo de dicha engañosa.

Necesita los suaves halagos de la brisa más grata de enero, no el empuje del viento pampero que la deje su huella de estragos.

Ella tiene el color, la frescura de mañana de otoño apacible, y aseguran que es más preferible, su modesta, moral hermosura.

Si á estos méritos reales se aduna que es su trato también distinguido, hay que hacerla un poema, tejido con los hilos de luz de la luna.

RICARDO SÁNCHEZ.

Bíblicas

Cristo

Del distinguido escritor argentino don José Pardo, director de la interesante revista *América* de la vecina capital, hemos recibido la página literaria que gustosos á continuación publicamos.

El sol brillaba como un ascua de fuego, é iba ocultando su rojo disco mientras manchaba de sangre las nubes que le rodeaban. Sus rayos trémulos herían las agudas rocas del Calvario y se deslizaban como llameantes serpientes entre la maleza agreste y salvaje de la montaña. Y allá, en la cúspide, como el atalaya majestuoso de la regenera-

ción del hombre, la cruz simbólica del cristianismo se alzaba con sus brazos abiertos señalando el reino azul de los elegidos.

Luego llegó la noche. Las nocturnas sombras envolvieron el sagrado monte, y por los tortuosos senderos sólo los lobos marcharon sin temor. Sus ojos grises brillaron en la oscuridad como fantásticas luciérnagas y sus bocas gimieron de hambre y desesperación.

Y el Cristo, allá en la cumbre, en cuyos ojos claros y dulces se reflejaban las pálidas estrellas como en el fondo de un mar tranquilo, imploraba perdón, perdón para sus verdugos, perdón para sus jueces injustos!

Poco después, la luna, esa luna errante y blanca, compañera de los tristes y de los que sueñan, dejó escapar sus temerosas cintilaciones á través de una gasa impalpable de aureas nubes y fué á alumbrar la Santa Jerusalén, cuyas murallas grises parecían guardar en su seno el secreto de un crimen.

Y por las faldas escarpadas del monte, cual si fueran misteriosas hadas blancas, bajaron en larga hilera diez mujeres envueltas en albas túnicas, sosteniendo con sus manos pálidas las malditas espinas que ornaron la frente inmaculada del Cristo!...

Y las voces misteriosas de un coro divino entonaron el Salmo bíblico de las bienaventuranzas.

La luna se ocultó. Una nube negra cubrió su luz brillante, y las sombras tenebrosas volvieron á reinar. Pero ésta vez los lobos callaron. Un resplandor de sagrado fuego había rodeado la cabeza ensangrentada de Jesús, y sus ojos claros, en cuyo diáfano fondo parecían reflejarse las estrellas como en el azul de un mar tranquilo, se elevaron de nuevo al cielo, y sus labios murmuraron con entonación profética: — «Perdonadlos, Señor, que no saben lo que hacen».

Los lobos gimieron; sintieron candentes fierros en sus erizados lomos, y huyeron poseídos del espanto de los Judas. Y el Cristo repitió:

— «Perdonadlos, Señor!....

JOSÉ PARDO.

La pluma y la espada

Militar y escritor: entidades gigantescas que se agitan en el escenario de las sociedades y las mueven, las impulsan. Paladines de las ideas, son personalidades dirigentes en el vasto teatro de las luchas.

Organismos propios por su potencia, son también organismos derivados del misterioso entelechia.

Surgen á la vida á sus primeras palpitations como dioses del pensamiento y de

la acción. Se desenvuelven y crecen á medida de las supremas necesidades. Leyes económicas regulan sus titánicos movimientos.

Su vida es de batalla continua.

Los estimulan el ideal eterno, las aspiraciones infinitas.

Ambos radican sus actos en el terreno de la *inteligencia*, asiento de sus anhelos

Nace la humanidad, y nacen el militar y el escritor como un reflejo maravilloso de su estructura.

Se arranca á la humanidad un grito de gloria, como un eco universal que se levanta de la superficie á los espacios infinitos, y responden escritor y militar, bien como si fueran varones mágicos que modelaran la sensibilidad y el pensamiento colectivos, dándoles forma y verdad.

Lastima una palpitación de necesidades, de deseos, y aparecen accionando militar y escritor como genios violentos que aplacan la sed de las satisfacciones á costa de los más ingentes esfuerzos.

El militar y el escritor son los mandantes de los pueblos por derecho propio. Los numerosos intermediarios existentes no son sino los siervos del pensamiento que obedecen á aquella soberbia raza.

Militar y escritor reflejan con energías olímpicas la cadena de la vida, y siendo opuestos sus extremos, son sincrónicos sus enormes movimientos y paralelas sus profundas iniciativas. Persiguen un mismo fin: la unidad dentro de la variedad; humanizan y renuevan, civilizan y agigantan.

Todo lo abarcan en grandes círculos concéntricos. En ellos está la ciencia, el arte, la gracia, la fuerza, la belleza, y elevan el sentimiento humanitario desde la nota más suave de la emoción estética hasta el estallido más enérgico que proyectan las densas revoluciones.

Hijos de la providencia, desafían al Universo y bajan á combatir las más singulares batallas en forma de santas é inmortales cruzadas.

Fornian *hombres* y forman *sociedades*. Se arrastran al abismo. Suben en olas de luz á la región azulada donde montañas y mares son notas dominantes, y descienden á la vida prestando á la orquesta universal el grandilocuente tono de sus pasiones, ideas y sentimientos.

Militar y escritor coetáneos son resultantes de fuerzas vitales en desenvolvimiento progresivo.

El militar y el escritor sanos y vigorosos enseñan á los pueblos, son sus maestros. ¡Maestros dignos ó indignos de la turbamulta cuyos anhelos siguen ó á quien desdeñan majestuosamente desde la cumbre de su alto pensamiento!

He aquí sus semejanzas y diferencias:

Bien que sean sincrónicos los movimientos de sensibilidad y de acción que ejercitan el militar y el escritor, la táctica que los reglamenta no es la misma.

Espada y pluma son manifestaciones vivientes del ideal inrestricto y maravillosos instrumentos de la propaganda militar y lite-

raria que unifica los valiosos destinos de las colectividades.

La espada y la pluma no se excluyen: antes por el contrario, tienen grandes puntos de contacto. Se complementan en virtud de una legislación sabia de semejanzas y diferencias.

En ocasiones la espada es anterior á la pluma: entonces suele ser un reflejo inmediato de las pasiones egoístas, porque estalla sin las armonías y sin los consejos que la fortifican.

Cuando la pluma vibra antes que la espada acometa, hay un digno preludio en el concierto humano: la pluma ordena, la espada ejecuta. Hay conquistadores que son hijos legítimos de los literatos.

Levanta la espada mundos reales, desmoronando mundos viejos. Conquista la pluma la conciencia universal. La espada organiza colectivamente, la pluma ilustra individualidades. Espada y pluma son eminentes cuando no se envidian.

La vida de la pluma es más gloriosa que la vida de la espada. La pluma tiene una misión dupla: ejecuta y canta las victorias del escritor y del militar. Armoniza y combate. Es la paz y es la guerra. Es la realidad y el ideal.

La espada sólo tiene una misión: combate. Sus armonías son las de la guerra misma.

El militar es un genio activo y pasivo. La época en que actúa equilibra sus actividades.

El escritor es siempre un genio activo.

Ambos son ambiciosos, ambos apiran á la soberbia tiranía de los súbditos de su inteligencia. Pero la ambición del escritor, bien que sea más lata y tenga un poder irresistible de dulzura humana, es menos personal, así como su tiranía es más suave desde que los rasgos predominantes de su propaganda son la palabra y el estilo. El militar que ejercita una suma mayor de acción en el radio de las ambiciones inmediatas, conserva perpetuamente ante sí la vanidosa imagen de los honores y de los grandes que deberán remunerarlo: de allí su magnífica *violencia*.

El militar debe ser adusto: el escritor, sin asperezas.

En la paz, el militar se acerca al escritor. Cuando el progreso está triunfante, el reñido de la fuerza organizada y el potendado de la paz se consolida, más valor ha menester el escritor que el militar. De rol activo, su enemigo es una sociedad entera: así, cuando pretende innovar su arma dura de combatiente debe ser la de un héroe. Entonces su asimilación al militar es evidente: gallardo como él, su inspiración y su ciencia traducidas por su pluma son filos de espadas que acometen, y bien dirigidas son cetros de los imperios intelectuales. Violento como el militar, cuando fulmina lo indigno es más severo aún que el arquetipo del cesáreo conquistador.

Cóleras que rugen en los libros, en los folletos y en las arengas, ¡son enseñanzas que se forjan!

No obstante, las muchedumbres rinden más pronto pleito homenaje á la espada

que á la pluma. Violencia dominante, persuasión despreciada. Llega una época en que las masas se unifican fatigadas de tanto extravío, y hallan fulgores de grandes esperanzas en el brillo de una espada.

¡Suprema voluntad de un genio, providencial destino de las colectividades!

La espada es una fuerza palpitante.

La pluma es una fuerza latente, *sui generis*, de proyecciones más extensas, de raíces más profundas.

Viven las creaciones de la pluma más que las de la espada, porque la espada edifica pronto y la pluma lentamente.

Es la espada más nerviosa y estalla con más violencia.

La pluma sólo se agita con esa histérica nerviosidad que preside el pensamiento.

Si bien la pluma abre el dictamen, también es acción como la espada. La pluma de Juan Montalvo derroca en el Ecuador las tiranías de Veintemilla y de García Moreno. En la Argentina, Sarmiento asesina la barbarie, y en Francia la palabra de Mirabeau decide de los destinos de una portentosa reyecía.

Brilla el valor en la espada. Dora la pluma el sublime ejemplo moral.

La pluma, á la par de la espada, se indigna: cuando ataca lo inhumano, es espada y pluma. ¡Tanto se asemejan!

Espada, caballerescas; pluma, leal.

Cuando la pluma se postra, viene en su auxilio la espada. Se mezclan, humanizan, y renuevan, civilizan é iluminan.

La espada es más unitaria. La pluma es más oligárquica. Al través de los siglos, la pluma yerra más que la espada. El conquistador es siempre el ideal de los pueblos.

Pero por conquistador se entiende uno como libertador que inicia las grandes cruzadas de la civilización. Es un Bolívar con todas sus violencias y ambiciones, lo mismo que San Martín con sus formidables acciones militares y sus caudales inmensos de desinterés.

Y es sabido que hay conquistadores *inteligentes*, como hay plumas libelistas.

Talento y no poco requiere el no confundirlas.

Los pueblos deben cuidarse de los escritores linajudos que descienden en línea recta de los grandes tiranos, porque esos son los esbirros de las obras más nefandas.

Hay plumas brillantes que son hermanas gemelas de las espadas inorgánicas: esas son las temibles en las modernas democracias; porque desprecian y odian á un tirano, pero buscan eternamente la sombra de tiranos más poderosos.

Alejandro es todo un organismo militar.

César y Napoleón son organismos militares, políticos y literarios. Estos se llaman tiranos de raza.

Los poderes legislativo y ejecutivo de la pluma y de la espada jamás han sido un misterio humano. Siempre han tenido su armonía y correspondencia, tanto en el bien como en el mal. El último progreso ha consistido en suprimir las violencias triunfales para dar paso á la aurora de la persuasión. Todas las tiranías y servidumbres se humanizan con la inteligencia.

Cuanto más se perfecciona el estado de la humanidad, tanto más se acercan el militar y el escritor. La solidaridad es la ley que tiende á unirlos; y sus ambiciones, sus esperanzas, sus deseos, sus virtudes y sus defectos tienden á concentrarse en un solo foco: el de la unidad dentro de la variedad, el del progreso y el orden dentro de la libertad.

Los pueblos republicanos no deben desfilar á los ejércitos. El dualismo más perfeccionado de la democracia consiste en la fuerza y en la inteligencia.

La espada y la pluma bien combinadas tienen destinos que cumplir en el escenario de las repúblicas: son un vasto ideal entre los ideales desconocidos de la perfectibilidad social.

ATILIO C. BRIGNOLE.

Salto.

Algunas perlas de Tennyson

(Directamente del inglés.)

EL CANTO DEL POETA

Cesado había la lluvia, y el poeta
De la ciudad salió;
Venía como un aire iluminado
De las puertas del sol,
Y sobre las espigas se alternaban
La sombra y el claror;
Sentóse solitario, y melodioso
É inspirado cantó.

Detuvo el vuelo el cisne, y las alondras
Bajaron á sus pies,
La golondrina al perseguido insecto
Dejó por atender;
La sierpe deslizóse entre las yerbas
Acercándose á él,
Y el carnívoro halcón quedó suspenso,
Lleno de pluma el pico, y en la presa
La garra carnícera sin mover.

Mucho he cantado, el ruiseñor decía,
Mas no con tal primor,
Porque él canta del mundo los destinos
Aún después del tiempo destructor.

LA CASA ABANDONADA (*)

La vida, el pensamiento,
Como dos inquilinos descuidados,
Juntos salieron, y ambos inexpertos,
Ni puerta ni ventanas clausuraron.

Obscura cual la noche, en las vidrieras
No reflejan las luces, ni rechina
En sus goznes la puerta,
Que con tanta frecuencia antes se abría.

Cerrad las bien la puerta y las ventanas,
Porque al mirar por ellas,
De esa desierta casa
La negra soledad y la tristeza
El corazón espantan.

(*) Esta preciosa alegoría fué escrita por Tennyson en presencia de un cadáver.

Vámonos ya, no suena
En ella la expresión de la alegría
Ni el eco de las bromas y las fiestas;
La casa era de arcilla
Y caerá en la tierra.

Vámonos, que la vida
Y el pensamiento poco, poco tiempo
Entre nosotros moran;
Porque en una ciudad, allá muy lejos,
Muy grande y muy gloriosa,
Una mansión hallaron sin defectos
Eterna y atraedora.
¡Cómo han de preferir humano techo!

NOCTURNO

Ya entre sus verdes hojas
Duermen las blancas y purpúreas flores;
De los cipreses que el palacio ombrean
No se oyen los rumores,
Ni en la fuente de pórfiro aletean
Pajarillos cantores.
Despierta la luciérnaga en su abrigo....
Despierta tú conmigo.

Ya cual fantasma bella
La blanquísimas garza se adormece;
Como fantasma ella
De tenue resplandor se me aparece.

Ya la tierra camina
Hacia el astro Danae luminoso;
Así también se inclina
Á mí tu corazón franco, amoroso.
Silencioso y fulgente
Ya cruza el meteoro, y en su vuelo,
Cual tu sér en mi mente,
Un reguero de luz traza en el cielo.

Ya el blanco lirio sus encantos plega
Y en el seno del lago cae dormido;
También así, mi amada, se doblega
Tu hermoso sér querido,
Á dulce sueño entre mis brazos llega
Y queda en mí perdido.

EL ÁGUILA

Hiere la cima de gigantes rocas
Con su potente garra,
Y firme en las inmensas soledades,
Del cielo azul rodeada
Al sol se acerca altiva.
Á sus ojos se arrastra
Como arrugado el invencible Océano;
Desde su fortaleza de montañas
Con la mirada fulminante acecha,
Y veloz como el rayo
Cae sobre la presa.

Á LA MUJER DE UN SOLDADO

Oye tu voz mezclada á los redobles
Del tambor que lo llama á la batalla:
En su imaginación tu rostro brilla
Y á sus brazos da fuerza y á su alma.
Suenan ya los clarines, y á tus pechos
El hijo ve, calor de sus entrañas....
Encuentra al enemigo... Como un rayo
Por ti y por él con frenesí lo mata.

RECONCILIACIÓN

Mi esposa y yo una tarde,
El valle atravesando,
Y recogiendo espigas
De ya maduros granos,
Sin recordar la causa
Sé que nos querellamos.
Así los dos seguimos
Nuestro rencor guardando;
Pero al llegar al sitio
Do en eternal descanso
Yace el querido hijo
Que hemos llorado tanto,
Sobre la misma losa
Que cubre al niño amado,
Con lágrimas y besos
Nuevo amor nos juramos.

RAMÓN DE SANTIAGO.

UN AMOR

(NOVELA)

POR

VÍCTOR PÉREZ PETIT

1892

1.º de Enero.

¡Primero de año! ¡Cuántas cosas, cuántas ideas apuntaría en este diario de mi vida sobre este tópico si no me sintiera tan rendido! Pero anoche he pasado unas horas terribles y ahora me siento fatigado, exangüe, como si estuviera ebrio. Anoche no dormí un segundo y los nervios me dieron una carga terrible; voy á desquitarme ahora.

2 de Enero.

Quisiera poner en orden las múltiples consideraciones que se me ocurren acerca de lo anotado en este diario en la fecha del 31 de diciembre; pero son ellas tantas y tan enmarañadas, y anda, por otra parte, tan perezoso y fatigado mi cerebro, que no puedo cumplir esa tarea. Escribiendo las líneas anteriores, antes de terminar el párrafo, he tenido que leer por repetidas veces el primer inciso de la oración para tratar de darle remate. Siéntome, pues, muy mal para escribir.

3 de Enero.

(En blanco)

4 de Enero.

(En blanco)

5 de Enero.

(En blanco)

6 de Enero.

Basta de haraganear. Llevo varios días sin escribir en este diario, y no es, seguramente, porque me hayan faltado asuntos que anotar. Pero me he abandonado y, como pasa generalmente, con el consabido «mañana lo haré», me he ido disculpando ante mis propios ojos sin querer notar que el mañana se posterga porfiadamente. Vamos á poner coto al abuso, amigo Velarde.

Ante todo y por vía de comentario á unos apuntes que hice en este «diario» días atrás, debo mencionar que no es la primera vez que la idea del suicidio fatiga mi cerebro. Hace apenas seis meses que hice constar en este mismo libro que, después de un día de francachela y alegría, en uno de esos momentos en que precisamente no tenía disgusto alguno, de súbito me asaltó el imperioso afán de pegarme un tiro, y que, si no

Llevé á cabo la idea, fué debido á que, en el instante en que cargaba el arma, entró en mi habitación la patrona para pedirme no sé qué cosa. Cuando ella se retiró, dejándome solo, ya me había abandonado aquel imperioso deseo de darme la muerte,—al revés de lo que me pasara en anteriores ocasiones. Es así que recuerdo ahora que por repetidas veces me ha obsesionado la idea del suicidio: por ejemplo, y según consta en este «diario», el 15 de marzo de 1890. Ese día fué una verdadera tortura para mi espíritu: sin tener por qué, ni causa justificada alguna, una melancolía avasalladora me dominó por completo, y las más tristes reflexiones y las ideas más pesimistas dominaron mi cerebro sin darle tregua por un segundo. He tenido en mi vida horas tristísimas, amargos desengaños, dolores torturantes, penas inenarrables, miserias infames, y sin embargo, durante la crisis de estos males, no he buscado la muerte; en tanto, durante el día á que me voy refiriendo, y sin motivo alguno, estuve cien veces por concluir con mi existencia. ¿Cómo no lo hice? Por razón de circunstancias fortuitas; pero apenas eran salvadas cada una de ellas, la negra idea del suicidio volvía á sentar sus reales en mi cerebro. Y sólo escapé á esta crisis en el momento en que ella debiera haber terminado por la ejecución fatal: llegó á mis manos un telegrama, un papel que aún llena de luto mi corazón. Durante ese día, en que tanto sufri deseando la muerte, una hermana mía, el único ser de mi familia que me quedaba en la tierra, el único cariño de mi corazón, el sólo consuelo de mis horas de amargura, lo que yo más quería en la tierra, se prendió fuego sus ropas inadvertidamente y después de largas horas de sufrimientos horrorosos, exhaló su último suspiro. Esta era la triste historia que, con su fúnebre laconismo, me narraba el telegrama; y al leerle, completamente turbado el espíritu, idiotizado mi cerebro, sangrante el corazón, en vez de coger el revólver y cumplir mis deseos de suicida, terminando al cabo con tantos dolores y sufrimientos, me tendí sobre la cama, boca abajo, y me pasé largas horas sin ideas, sin una lágrima, sin un recuerdo. Así anduve tres ó cuatro días, como una bestia, como un ser inconsciente, hasta que una noche ante esta idea: «mi hermana ha muerto», que repentinamente me asaltó, asombrándome como si no la hubiera conocido hasta ese instante, rompi á llorar como un niño, inconsolable y ahogándome con los sollozos.

¿Estaré amenazado por la manía suicida? Hablando anoche á los amigos en «mi tertulia» de esto, Héctor Llamos me ofreció un libro que hoy me ha remitido (*El crimen y la locura*, de Maudsley), aconsejándome de paso que me hiciera examinar por algún médico. He leído casi toda la obra y en ella he encontrado algunos casos curiosísimos de manía suicida exactamente iguales á este afán imperioso de darme la muerte que suele asaltarme. ¿Estaré loco? ¿Sufriré alguna lesión cerebral? ¿He de terminar un día ó otro por pegarme un tiro? Voy á preocuparme un poco de la cosa.

Entretanto, pasemos á otro asunto. Van nueve días (desde el 28 de diciembre) que no veo á Marta. He abandonado por completo estos prodromos de «dragoneo» y, lo que es más raro, sin sentimiento ni pesar alguno. No extraño á Marta; no me persigue su imagen; no siento necesidad de verla; no sufro, ni pizca, con su falta en mi corazón. Es lo que yo decía: no estaba

enamorado; no la quería; no era mujer para mí.

Los otros días, el amigo Calzada me dijo que la había encontrado al paso por la calle Sarandí, y la noticia me dejó tan fresco. Se me da un ardite que ella ande ó no por ahí. Sé que está en Montevideo y no me preocupa recibir sus noticias.

Pero, ¿qué dirá ella de mi conducta? Si Marta estuviera enamorada, ¿no sufriría con mi traición? Tal vez en este mismo instante en que yo reflexiono tan fríamente sobre el asunto, ella, la pobrecilla, esté bañada en lágrimas.... ¿Llorando? ¿Llorando Marta por mí? ¿Quién me lo asegura? ¿No es esta idea, acaso, una vana fatuidad mía? ¿Por qué Marta habría de haberse enamorado de mí? ¿Y si no me quisiera; si me hubiera pago con la misma moneda que yo le daba; si ella también obraba á impulsos de un capricho? Bah! No hablemos más de esto. Marta ha pasado ya en mi existencia.

La que no ha pasado, y sospecho que el asunto va á ser un poquillo largo, es una fulanita que conocí días atrás,—el día primero de año. La historia puede referirse en pocas líneas, y voy á hacerlo.

El primero de enero, por la tarde, un día de un calor brutal—no sabíamos qué hacernos mis amigos y yo. No sé si fué López ó Calzada quien tuvo la idea de ir á pasar un rato en casa de unas *amiguitas*. Y allá nos fuimos todos. Cada cual atrapó su dama y á mí me entretuve una morochita que se me dirigió desde el primer momento.

— Vamos á mi cuarto; allí estaremos mejor,—me dijo Tula, que así la llamaban sus compañeras.

Y considerando, por mi parte, que me era igualmente indiferente quedarme en el salón ó ir al cuarto de la muchacha, me dejé guiar.

— ¿Sabes que tienes cara de aburrido?—agregó Tula, mientras nos dirigíamos á su habitación.— ¿Estás con sueño?

— ¡Qué sueño ni qué ocho cuartos! Estoy fastidiado, nada más,—le repliqué.—¿No tienes alguna gracia, para distraerme? ¿Ni siquiera sabes bailar de cabeza como los trompos? — agregué luego brutalmente.

Y ella, en vez de ofenderse, la infeliz, con mi sangrienta burla, tomó á chacota aquella tirada, y tan bien se las compuso que concluyó por distraerme de veras. Despues me contó su historia — una recua de mentiras, seguramente;—y concluyó por enterarse de lo que yo era, qué hacía, en qué me ocupaba. En fin, una mujercita encantadora, amable y inteligente, como muy pocas se encuentran entre las desventuradas de su clase. Tan buena me ha parecido esta flor del cieno, que he vuelto á verla tres veces hasta la fecha. ¡Qué diablos! En vez de andar rodando por ahí de una á otra mujerzuela, exponiéndome á pillar cualquier día una enfermedad que me dejase lo mismo que un tamango, es preferible tener una amiguita de confianza. Esta Tula es bonita, buena y relativamente instruida. Sabe francés, siendo uruguaya; toca muy bien el piano; ha leído buenos libros; tiene modos de señora; no se la oye nunca una fea palabra; tiene en fin, en medio de su vicio, ciertos pudores que revelan que no es una cualquiera y que ha pertenecido á buena familia. ¿Cómo ha rodado al fango? He ahí una historia que desearía conocer....

(Continuará.)

Á Celia

Te vi pasar con mucha altaanería,
Despertando doquier admiración,
Y á tu imagen, que apenas traslucía
Última luz del moribundo día,
Confundido, rendí mi adoración.

Vencida el alma, sin luchar, declina
Al peso de tenaz esclavitud;
Y en su dolor, ilusa, se imagina,
Cual cerebro que el vértigo domina,
Que podrá conmover tu ingratitud.

JOSÉ SALGADO.

ÍDOLO DE BARRO

Era Rafael en la capital una planta exótica que languidecía dominado por la nostalgia de aquel aire del pago nativo, puro, libre, impregnado de esa fragancia suavísima que desprenden los campos florecidos y los aromos que amarillean en el monte. Vivía aturdido en aquel escenario de costumbres nuevas, en que sentía á cada paso chocado violentamente su espíritu virgen, impresionada su imaginación ardiente por temperamento, pero adormecida hasta entonces por la ausencia completa de motivos que pudieran despertar sus creaciones.

Pobre muchacho! Todo era nuevo para él. Desde el trato de los hombres con sus modalidades ceremoniosas que le parecían simplemente destinadas á ocultar intenciones y disfrazar sentimientos, hasta el andar airoso de las mujeres que tenían un brillo extraño en sus ojos y le parecían rodeadas de una atmósfera fraganciosa que despertaba los sentidos, como si fueran efluvios que se desprendieran de sus cuerpos.

Puede decirse que había cruzado con los ojos vendados aldeas y poblaciones al ser transportado de la sierra á la ciudad, y costaba inmenso trabajo á su cerebro, por más que fuera bien organizado, descubrir en aquel mundo desconocido las costumbres, las pasiones, las maldades y las delicadezas que él sabía que formaban el carácter del hombre de la ciudad, y el estudio que de todo á la vez quería hacer, lo aturdía y trastornaba; y siendo incapaz de huir, por miedo salvaje, del trato de las gentes, vivía temeroso, porque no acertaba con el justo medio, con la interpretación fiel, que debía dar á las acciones de los que tenían contacto social con él.

¿De qué le valían los años consagrados al estudio, que pasó encerrado en aquella soledad de las cuchillas, los llanos y los montes, rodeados por el cerco del campo paterno? Oh! él podría perfectamente salir airoso en un examen de matemáticas ó geografía; pero su buen padre no pensó que ni eso, ni la asignación mensual fijada con larguezza, podrían suplir el desconocimiento completo de los usos sociales, que no había sido tema tratado por el sapientísimo maestro que fué llamado á lejana comarca, para dirigir los primeros pasos y abrir los primeros surcos en la inteligencia del mimado

primogénito. Y por no incurrir en inconveniencias que pudieran ponerlo en ridículo, permanecía muchas horas encerrado en su confortable cuarto de soltero, examinando pacientemente todo lo que durante el día había llamado su atención, tratando así de asimilarse la mayor suma posible de las costumbres de aquel mundo nuevo, al que lo habían lanzado sin mentor. Y el texto de filosofía ó latín permanecía abandonado entre sus manos, en tanto la imaginación corría como loca tras las impresiones del día.

Fué en uno de esos momentos de cautiverio voluntario, que descubrió en el balcón de una casa situada frente á la suya, una cabecita rubia dueña de una cara de niña, en que brillaban como ascuas dos ojos negros, chiquitos y inquietos, que lo observaban recatándose tras los elegantes visillos de los postigos.

Acostumbrado á pasar desapercibido entre los grupos callejeros en que medrosamente se confundía, y en los cuales era un sér anónimo del que nadie se daba cuenta, no pudo menos que sentirse impresionado profundamente al verse objeto de interesada observación. No supo sin duda disimular el sacudimiento que sufrió todo su sér, mezcla de miedo y de íntima satisfacción, y con ello se alejó de su escondite la interesante aparición.

Por más que durante aquella noche lo persiguió la silueta de la rubia, y que al salir de su casa al día siguiente no olvidó echar una ojeada al balcón vecino, no hubiera pasado de ahí la aventura si hubiera tenido que tomar él la iniciativa para continuarla. Jamás habría fijado con insistencia sus grandes ojos claros en la vecinita, ni la expresión dulce de su mirada hubiera denunciado sensación alguna, porque la conciencia que se había formado de la insignificancia de su persona en medio de aquella sociedad cuyo refinamiento le asustaba, le imponía una reserva exagerada y una absoluta falta de confianza en sí mismo.

Pero estaba escrito que las cosas debían pasar de otro modo.

Cada día á la misma hora aparecía la visión simpática, no ya escondida, como queriendo ocultar su mirada interesada, sino mostrando por completo la esplendidez de un cuerpo flexible, de contornos suaves, elegantemente aprisionado en ricos vestidos, y dejando que el buen muchacho se extasiase en la contemplación de aquella cara fresca, de colores suavemente sonrosados, que lucía unos ojos tentadores, brillantes y vivos, que á cada paso se encontraban con los miedosos y apagados del vecino. Como si así buscase coquetamente hacer resaltar el granate de sus finísimos labios, tenía siempre entre ellos una violeta que jugueteaba bajo la presión de movimientos al parecer inconscientes, que hacían formar unos hoyitos en las mejillas que aumentaban el encanto de aquella cara que para Rafael tomaba proporciones de ideal, de encarnación viviente de aquellas mujeres que acudían á sus sueños cuando, febrilmente y aturdido, quería fijar en la imaginación el tipo de las que lo habrían impresionado en los paseos que frecuentaba.

Él no sabía si por ahí existían otras más

hermosas, porque era aquella la única de quien había merecido miradas que no tenían esa expresión glacial de indiferentismo con que lo miraban todas las mujeres, desde que perdió de vista las buenas muchachas de sus pagos, tan generosas con él en sonrisas y promesas. Ah! y qué diferencia entre aquellos cuerpos burdos, de carnes exuberantes, que parecían luchar desesperadamente por romper los corpiños de percal, y aquel cuerpecito que parecía amoldarse como la seda entre las ballenas del corsé, sin perder su flexibilidad, que le recordaba las ramas de los grandes sauces de la laguna, mecidos por la brisa del crepúsculo vespertino!

Un día tras otro día pasó consagrando toda la savia de su cerebro para analizar aquellas miradas disimuladas que lo estremecían; todo el fuego de su imaginación sorprendida con aquella impresión nueva, jamás soñada; todo el ardor de su corazón virgen que con sus violentos latidos lo asustaba, cuando una sonrisa plegaba aquellos labios rojos y finos.

Pronto tomó aquella mujer posesión completa de todo su sér. Incapaz de apreciar en su verdadero valor lo que bien podía ser coquetería ó otro sentimiento ó cálculo más interesado, acarició proyectos, forjó ilusiones, le entregó su imaginación impresionable, y dejó filtrar en su corazón de niño un verdadero amor por aquella mujer de quien apenas sabía el nombre, y de cuyos antecedentes no tenía otra noticia que la que podía adquirir en su observación constante del movimiento exterior de la casa.

Pero él no dudaba; estaba seguro de que aquella era gente honestísima. Sabía que Cecilia—así se llamaba la hermosa rubia—vivía con su tía, aquella buena vieja que se veía todo el día dirigiendo la tarea de la casa. Sus costumbres no podían ser más morigeradas. A la oración se cerraba la casa, y era inútil que él esperase una última mirada después de esa hora.

Esto le permitía no alterar sus costumbres, y siempre antes de las nueve estaba en su cama, no como antes ocupado en dar el último repaso á la lección del día siguiente, sino dejando vagar su imaginación por los umbrales de una vida desconocida, á la cual no sabía cómo entrar, pero en la que veía cada vez más encantadora á la rubia Cecilia.

Estrujaba su cerebro buscando el modo de penetrar en aquella casa que consideraba el arca guardadora de su felicidad; y alentado por las demostraciones de simpatía, inequívocas ya, que le había ofrecido su vecina, se preocupaba del medio de vencer la resistencia que opondrían sus viejos padres á su boda, que días más días menos se celebraría, siendo ellos tan apegados á sus costumbres, y habiendo formado ya otro proyecto respecto á su porvenir.

Sin amigos, sin más relación que la del viejo apoderado de su padre que le entregaba puntualmente su pensión, no tuvo á quien pedir consejo, ni se le ocurrió otro medio para aproximarse á su vecina y hacer carne las promesas de ventura que encerraba el lenguaje mudo de las sonrisas y

miradas, que escribir á la tía una respetuosa carta solicitando su consentimiento para visitar á su sobrina. No tomó esta resolución sin cierto temor. ¿Su conducta no ofendería á la pudorosa niña? ¿No sería ese paso motivo que lo privase de aquellas horas de platonismo que habían llegado á ser el único objeto de su vida? A pesar de la irresolución que era característica de todos los actos de su vida desde que abandonara la casa paterna, pudo más en él la pasión que lo enloquecía, la necesidad de oír de aquellos labios las promesas que dejaban adivinar las miradas; y una tarde mostró desde lejos á Cecilia el pliego cerrado que contenía la respetuosa demanda.

Cecilia al apercibirse de la indicación de su apasionado vecino, hizo un movimiento de sorpresa, sus labios se entreabrieron como si hubieran querido dar paso á una exclamación, y la violeta, la inseparable compañera, se desprendió de ellos cayendo á la calle.

Sin darse cuenta de lo ridículo de su posición, Rafael cruzó desatinado á la acera opuesta y recogió la flor que conservaba aún la humedad y el calor de aquellos labios codiciados. Cuando levantó la cabeza buscando en los ojos de Cecilia, que nunca los había visto tan de cerca, el signo de aprobación á su galantería, ella había desaparecido.

Esa tarde no la vió. Sin duda el pudor la obligaba á esconder sus encantos, porque ya no dudaba Rafael que la pasión desbordante que había invadido sus sentidos y hecho presa en su corazón era sólo una acción refleja de los sentimientos de su vecina. Esto ocurría en la víspera de carnaval, y él creyó oportuno esperar que pasaran esos días de locura para hacer llegar á su destino la misiva que debía consagrarse con su respuesta la felicidad soñada.

En cambio, colocó cuidadosamente la violeta prisionera en el ojal de su americana, y la mostró orgulloso á Cecilia, recibiendo en pago una sonrisa enloquecedora que concluyó de trastornar al infeliz muchacho.

El ruido infernal de las máscaras y la animación callejera con que se inició la noche del primer día de carnaval, hicieron que Rafael interrumpiera sus costumbres, y lo retuvieron levantado, quebrantando así su género de vida. Sentado en su cómodo sillón de estudio, sin luz, y con los postigos de su ventana abiertos, y los ojos fijos en el balcón de Cecilia que se había cerrado esa noche más tarde que de costumbre, dejó correr insensiblemente las horas.

El ruido fué disminuyendo en el barrio al reconcentrarse el movimiento en las plazas y calles centrales, y concluyó por reinar el silencio de las noches normales.

Pronto sería media noche, cuando Rafael sintió el ruido de un carro que se acercaba, y que interrumpía su marcha á poca distancia de su casa. Apenas dio importancia al hecho, y continuó abstraído en sus sueños.

Dos golpes suaves dados á un llamador le hicieron volver en sí, y poseído de in-

mensa sorpresa, vió la silueta de un hombre que esperaba en la puerta de la casa de su vecina. Un escalofrío recorrió su cuerpo sin darse cuenta del motivo, é inmediatamente recordó que esos golpes los sentía con frecuencia desde su dormitorio casi siempre á la misma hora, detalle que hasta entonces no había tenido importancia alguna para él.

Esperó impaciente, anhelante, entornando sin saber por qué el postigo de su cuarto, y observando si aquel llamado era contestado.

A poco rato la puerta se abrió; el hombre desapareció en la obscuridad del zaguán, para reaparecer casi enseguida, llevando del brazo una mujer disfrazada con un capuchón negro, adornado con una gran cinta roja.

Disfrazada! no, no lo estaba para Rafael.

Él la conoció; la hubiera conocido á través de todos los disfraces.

Era Cecilia!

La pareja siguió en dirección á la calle inmediata, y Rafael quedó como petrificado, anonadado por aquella revelación espantosa. Pero pronto reaccionó; él debía saber lo que aquello significaba; y como si una fuerza superior lo impulsase, salió á la calle en seguimiento de aquel hombre que llevaba consigo el tesoro en que su ingenua imaginación había cifrado sus primeras ilusiones, que presentía arrastrada por el fango, como si una racha furiosa hubiera arrojado del pedestal la virgen de sus ensueños.

Apenas tuvo tiempo de verlos entrar en el carruaje que momentos antes había de tenido su marcha. El carruaje partió, y él lo siguió casi á la carrera, como si en él se le arrebatase prenda que le perteneciera.

Lo habría perdido pronto de vista, si cerca no hubiera una parada ordinaria de carruajes, en donde tomó el primero que encontró á su paso, dando orden al conductor de seguir al que llevaba la delantera.

No era la desesperación ni la ira el sentimiento que dominaba á Rafael en aquel viaje por calles que no vió ni contó; no. Era un aplastamiento raro de todo su ser, una obsesión dolorosa, un desgarramiento de sus fibras más delicadas. Sentía necesidad de llegar, porque para él había en todo aquello un hecho que se imponía sobre todos con lógica brutal: el derrumbe de sus ilusiones, la caída de aquel ídolo en quien había encarnado los ideales despertados en su imaginación virgen de anhelos amorosos, aun en la plenitud de sus facultades. Presentía el rival; pero su corazón noble y sano no veía en él sino el instrumento de su desdicha; y concentraba en Cecilia, en aquella Cecilia que él soñara pura y casta, el objetivo de sus amargas reflexiones.

Por fin el carruaje se detuvo. Poco más adelante vió el que conducía á Cecilia, detenido casi enfrente de un gran edificio iluminado, que comprendió enseguida que era un teatro.

El corazón le latía violentamente. ¿Sería posible que allí penetrarse Cecilia?... Hubo momento en que pensó que se había equivocado; pero pronto la realidad se impuso; no, no podía haber confundido con

otro aquel cuerpo tantas veces admirado. Era ella!

Sin moverse del carruaje observó la pareja; los vió dirigirse á la boletería; él tomó billetes de entrada, y continuaron su camino hacia la puerta del teatro. El torrente de luz que iluminaba la portada dió de lleno sobre ellos, y Rafael pudo examinarlos ampliamente. Ella vestía de negro, y tenía un pequeño antifaz que apenas le ocultaba el rostro. Él era alto, bien parecido, elegante, y sus facciones tenían ese tinte especial que tanto había llamado su atención en otros hombres de la ciudad, esa palidez de anémico y esa laxitud en las facciones que parecían indicar extenuación ó cansancio sumo.

Todo este examen rápido, instantáneo, le hizo estremecer. Pero quería saberlo todo; se sentía con rara energía para apurar el summum de la espantosa decepción, de cuya verdad aun no podía darse cuenta exacta.

Bajó del carruaje; tomó su entrada en boletería; y ya iba á penetrar al teatro, cuando lo atemorizó la idea de su desconocimiento completo de lo que allí ocurría. Vió frente al teatro una casa de disfraces, y creyendo más fácil cumplir hasta lo último su propósito ocultándose á las miradas de la mujer que seguía, se dirigió á la tienda. Pidió un disfraz, y le ofrecieron uno blanco, amplio, con grandes botones rojos; todos eran para él iguales, porque todos le eran desconocidos. Se vistió, y en su aturdimiento salió con el rostro descubierto, cuando el mercader le observó que en dos minutos lo pondría desconocido, y con la cara como correspondía al traje.

Lo hizo sentar; él lo dejó hacer; y en un instante le pintorrió la cara, se la empolvó, le embadurnó su sedoso bigote con goma hasta dejarlo duro, y le puso un gorro de forma rara en la cabeza. A todo esto Rafael parecía un maniquí por la insensibilidad é indiferencia que demostraba. Su conciencia, sus sentidos, su imaginación, no estaban allí; giraban desde el balcón de Cecilia, viéndola sonriente, mimándolo con sus ojitos negros, hasta aquella casa grande que tenía enfrente, en que se oía un ruido ensordecedor, mezcla de gritos y risotadas.

Concluido el *toilette*, y sin mirarse á un espejo, salió precipitadamente y penetró en el teatro.

Creyó desfallecer.

Jamás había imaginado semejante género de fiesta.

Hombres con el sombrero puesto, sin disfraz la mayor parte, con las caras encendidas y los ojos chispeantes, con expresión de desvergüenza y cinismo en los semblantes, decían palabrotas á mujeres que ostentaban las carnes cubiertas de polvos y pinturas. Unos y otras dejaban escapar risotadas que él encontraba extrañas, y seguían con vertiginosa violencia, haciendo torsiones y movimientos raros, al compás de una música que él no comprendía. Los cuerpos iban tan cerca unos de otros que parecían incrustados, y en los vaivenes de aquella danza infernal, muchas veces las caras se rozaban, sin que eso alarmase á

aquellas mujeres que parecían enloquecidas. El aire estaba enrarecido, y en la atmósfera flotaba una nube de finísimo polvo levantado por el movimiento incesante de aquella muchedumbre.

Creyó perder el juicio: su cuerpo se estremeció como si sufriese el contacto de una corriente eléctrica, y sus ojos, desmesuradamente abiertos, buscaban entre aquella mezcolanza de hombres y mujeres vestidos con trajes abigarrados y chillones, la cinta punzó del capuchón de Cecilia. Quiso internarse en el gran salón, y fué durante largo rato juguete de aquella gente que lo llevaba de un lado á otro, arrastrándolo al impulso de sus desordenadas carreras.

Rafael luchaba consigo mismo. Se empeñaba aún en haberse engañado, cuando descubrió á lo lejos, merced á los claros que á intervalos dejaban los danzantes, la cinta que adornaba á Cecilia.

No pudo más; tambaleante salió de allí, pero las fuerzas le faltaban, y se vió obligado á entrar en un café cuya puerta daba al vestíbulo del teatro. Se sentó en la primera mesa, y durante unos momentos trató de reponer sus fuerzas para huír de aquel infierno, en que quedaba hecha girones la primera pasión de su vida. Un camarero se le acercó preguntándole qué tomaba; contestó maquinalmente, y le fué servida una bebida que apuró de un sorbo; y como no abonara su importe y permaneciera como atontado, el camarero le exigió el pago en términos groseros; esto lo hizo reaccionar. Pero estaba como enclavado en su asiento; un sudor frío inundaba su cuerpo; la cabeza le pesaba; y el corazón parecía romper su cárcel con la violencia de los latidos. Su cara debía tener algo extraño, porque todos lo miraban, unos con curiosidad, y otros con mal disimulada expresión de burla.

La música había cesado en el teatro. Empezaron á entrar en el café grupos de máscaras que continuaban allí su algarabía infernal.

Por fin se puso de pie, pero fué justamente en el momento en que Cecilia entraba del brazo de su acompañante, ya sin antifaz, trayendo, como las demás mujeres, la cara encendida y sudorosa, el traje estrujado, y los ojos enrojecidos y más brillantes que nunca.

Ella no lo miró, ni tampoco lo hubiera reconocido; pero Rafael sintió que la sangre afluía á la cabeza, que las fuerzas lo abandonaban; y haciendo un esfuerzo supremo, extendió los brazos hacia ella y quiso pronunciar su nombre, pero la voz se ahogó en su garganta, y cayó desplomado en la silla.

De allí pudo oír á Cecilia, que, sorprendida por el ademán del desconocido, decía á su compañero, conteniendo apenas la risa que brotaba espontánea de sus labios:— «Buen susto me ha dado ese payaso ridículo! Creí que me echaba encima su borrachera.»

Era la primera vez que oía la voz de aquella mujer, á quien había ofrecido las primicias de su corazón, y que había despertado en él una pasión desbordante de ternura!

Al verse así ultrajado perdió las pocas

fuerzas que le quedaban; vaciló en la silla, y cayó pesadamente al suelo.

El tumulto á que dió lugar su caída pronto fué dominado por el dueño de la casa, que gritaba á sus dependientes con ronca voz:—*Pronto uno vaya á buscar á la policía para que saque de aquí este borracho que incomoda á la gente.*

Así se hizo.

Y cuando Rafael era conducido por tres gendarmes á la comisaría inmediata, en calidad de ebrio, la orquesta del teatro preludiaba los primeros compases de una furiosa cuadrilla, y Cecilia ocupaba su puesto con la falda recogida para no entorpecer los movimientos.

El ídolo era de barro!

JOSÉ LUIS ANTUÑA (hijo).

MEDICINA LEGAL

(APUNTES DE CLASE)

(Continuación)

Deberes morales y legales de los peritos

La *aptitud* es, según el catedrático del aula, el primer deber del perito, entendiéndose por aptitud la competencia debida en materia médico-legal. El médico que no pueda resolver con entera conciencia una cuestión de esta naturaleza, debe sin vacilaciones declararlo así, pues no hay desdoro para él, tanto más cuanto que se trata de un estudio que no es indispensable al médico clínico y del que, si no ha hecho de él un estudio especial, tiene forzosamente que olvidar en gran parte.

Veracidad.—Consiste en la opinión del médico, dada con toda convicción, con plena conciencia y conocimiento de lo que dice. Si no está seguro, si tiene dudas, no debe dar opinión, pues de esta manera no daña á nadie, mientras que dándola puede causar perjuicios irreparables. A diario se cometan abusos de esta naturaleza, pues el médico, temiendo perder el cliente y en consideración á él ó su familia, da certificaciones sobre enfermedades supuestas, con objeto de eximir á algunos de ciertos servicios; y otras veces tienen fines poco serios que desestigian en gran manera la profesión y á él. ¿Puede acaso merecer consideraciones una persona, por más amistad que se le suponga con el médico, cuando esa persona trata de que claudique en sus deberes?

Imparcialidad.—Estriba en ponerse á cubierto de toda extraña influencia que obste para que el médico dé su opinión con entera conciencia de lo que dice.

En primer lugar, sucede que debido á las circunstancias en que un asesinato se ha llevado á cabo, por la condición de la persona que ha concurrido á él, la lectura de las descripciones hechas por los diarios hacen que habiéndose formado una opinión pública al respecto, los hombres más sensatos se dejan arrastrar por esa corriente, hasta el punto de ir un médico á cumplir su misión con prejuicios inconvenientes.

Otro escollo tiene que evitar el perito

para ser imparcial. Puede pedírselle su opinión científica sobre hechos sobre los cuales ya han dictaminado otros peritos, que á su juicio, ó son muy competentes, en cuyo caso no pueden dejar de influir en su dictamen opiniones tan autorizadas, ó, por el contrario, se trata de vulgaridades, á cuyos informes irá con la idea preconcebida de atacarlos. En estos dos casos el perito, para obrar con entera imparcialidad, debe tener en cuenta: 1.º que todos los hombres son falibles; y 2.º que mediocridades que carecen de condiciones sobresalientes, pueden y dan informes concienzudos y acertados sobre los temas que se someten á su estudio, por su contracción y asiduidad. Para algunos el mejor medio de evitar el último inconveniente se conseguiría con el simple hecho de que los facultativos no firmasen los informes ó certificaciones ó consultas que evacuan. Resultados contraproducentes se obtendrían con este procedimiento, pues fácilmente se sabría cuál era el médico informante, por tratarse de una nota que pasaría por varias manos antes de llegar al Juez. Por otra parte, los que tal cosa proponen, poco enviable concepto deben tener del médico, á quien creen fácilmente inclinado á ser sugestionado por cualquiera.

Secreto.—Determinar lo que es el secreto médico es una cuestión previa, porque resolviéndolo se forma fácilmente el criterio que resuelva las dudas que se presentan al hacer su estudio.

Se puede definir el secreto médico diciendo que consiste en saberse guardar por el facultativo las revelaciones que le hace el enfermo y cuya divulgación puede ocasionarle *perjuicio ó vergüenza*. El médico, al igual del abogado y del sacerdote, recibe confidencialmente ciertos secretos, manifestados con móviles diversos, pero todos ellos fundados en la confianza que inspira al confesante la persona á quien se hacen. Y teniendo en cuenta esto, siempre se ha respetado la inviolabilidad del secreto sacerdotal y del jurídico, y esto no sólo en teoría, sino que la misma legislación lo ha sancionado. Pero en lo tocante al secreto médico no sucede así, y es ley en algunos países, entre ellos el nuestro, la obligación impuesta al médico llamado á declarar sobre hechos de su profesión, que lo haga así, so pena de multa ó prisión equivalente; privándose así al médico por esta obligación legal del fondo de confianza y buena fe, que es la base sobre que descansa el secreto médico; y no se consigue otra cosa por parte del facultativo que la negación rotunda del hecho ó su desfiguración á tal grado que en nada pueda valer á los ojos de la administración de justicia.

No basta que el médico guarde secreto sobre los hechos confiados á su honor, sino que también debe extenderlo al resultado de sus investigaciones, siempre que pueda resultar perjuicio ó vergüenza para el cliente.

¿El secreto médico debe ser absoluto ó relativo? ¿Debe respetarse siempre ó puede en algún caso faltarse á él en auxilio de la justicia? Como ya se ha dicho, debe ser absoluto, debe ser inviolable en todos los casos, como lo es el sacerdotal.

Nuestro Código Penal castiga con una multa de 50 á 100 pesos al médico que, llamado á declarar sobre hechos relativos á su profesión, se negase á hacerlo.

Celo.—El celo, dice Yáñez, nos impone deberes bajo el mismo punto de vista que la veracidad y la imparcialidad.

El perito debe tomar con empeño los hechos que se someten á su estudio, de manera que no se retarde la resolución de los problemas que se le encomiendan, para que los procesos sigan su curso ordinario. Esto no quiere decir que por el deseo de concluir pronto se proceda con demasiada ligereza y se hagan de mala gana las averiguaciones de los hechos. Ante todo, hay que tener conciencia: por no darle importancia á un dato que parece despreciable, las consecuencias pueden ser funestas.

Valor.—El valor, dice Yáñez, es el cumplimiento exacto del deber dentro de las leyes cuando se arrastran peligros extraordinarios, sin tener más satisfacción que la propia conciencia. Se necesita valor y no poco para exhumar un cadáver, y después de exhumado practicar una autopsia, abriendo las cavidades e introduciendo sus manos en aquella podredumbre, donde una leve picadura, una pequeña erosión, puede dar lugar á intoxicaciones mortales. (Yáñez.)

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.
(Continuara.)

MEDIOS DE PREVENIR LA GUERRA

[Conclusion]

Si ha sido reconocida la posibilidad de que los individuos terminen sus litigios de otra manera que por la espada ó la pistola, no vemos la razón por qué no se decidiría que un número cualquiera de individuos que componen una nación, obraran de la misma manera.

El procedimiento del arbitraje especial es contingente. Para codificarlo, los juriconsultos han hecho serios estudios, sobre la conclusión del compromiso, número de árbitros, necesidad de un sub-árbitro, modo de nombrarlo, etc.

El tribunal arbitral tiene un carácter especial: es soberano en los límites fijados por el compromiso. Si éste es incompleto, el tribunal estatuirá sobre las medidas de instrucción, sobre los peritajes, los medios de prueba y sobre las dificultades de interpretación. Así, es preferible que el compromiso fije los puntos generales, las reglas del procedimiento, y que el tribunal una vez reunido no tenga más que aplicarlo al litigio en cuestión.

La designación de los árbitros es libre; la elección de las partes durante mucho tiempo ha recaído sobre soberanos. Este honor no es sin peligro, porque los soberanos muy rara vez juzgan por sí mismos: ellos delegan sus poderes y firman las sentencias ya preparadas. Más vale un tribunal menos augusto, pero más capaz, más ilustrado.

En 1866 los Estados Unidos proponen hacer juzgar los conflictos por los juriscon-

sultos más eminentes de una nación neutra, y en ello tenían razón: los Colegios de Jurisconsultos son dignos de dar esos jueces y la designación de Mr. Rivies en el negocio de Terranova es de buen augurio. La elección del sub-árbitro es capital; debe ser prevista por el compromiso; dejada á designación del tribunal, tendrá el riesgo de no tener éxito, y las divergencias de fondo se volverán en las discusiones de personas. El mejor sub árbitro será un neutro designado por una potencia neutra ó por las partes mismas.

El compromiso es una transacción, y la sentencia es aceptada de antemano por las partes como base del contrato. Una vez aceptada por las partes y aprobada por los parlamentos, obliga á las potencias contratantes. Se ha dicho que no estaban encadenadas más que por el honor, pero el lazo que las une es más preciso. No hay solamente entre ellas una obligación natural, fundada sobre la buena fe, sino una obligación jurídica, fundada sobre el derecho. El tribunal, en verdad, no tiene medios coercitivos á su disposición; mas, en general, se le respeta. La nación que pierde el litigio á veces murmura, pero se somete. Si ella resistiera sin ser la guerra ilegítima, habría medios para hacerle sentir la falta del honor nacional, que es una de las formas del patriotismo y la cual le manda someterse al laudo.

Cualesquiera que sean los progresos por hacerse ó los progresos realizados, ¿el arbitraje será siempre limitado? ¿No habrá cuestiones que deban quedar fuera de los compromisos, porque el derecho de comprometer, como lo hemos dicho, no puede aplicarse? La vida de los Estados, dice Montesquieu, es como la de los hombres: «Éstos tienen el derecho de matar en el caso de defensa natural, y aquéllos tienen el derecho de hacer la guerra, si es indispensable para su conservación. En el caso de la defensa natural, yo tengo el derecho de matar, porque mi vida es mía, como la vida del que me ataca es de él; de la misma manera, el Estado hace la guerra porque su conservación es tan justa como toda otra conservación.»

La independencia, la libertad de los actos interiores de cada Estado, la integridad territorial: he aquí cosas sobre las cuales las naciones no pueden transigir; no debe discutirse este punto. Ellos tienen su patrimonio moral, pero no su libre disposición, como ha dicho un autor. ¿Acaso árbitro alguno tendría poder suficiente para decretar la servidumbre de un pueblo, ni acaso compromiso alguno puede estatuir válidamente sobre su autonomía? Sobre las rivalidades de ambición, de interés, de amor propio, está el honor nacional bajo la guarda del patriotismo, como el honor privado bajo la protección y el respeto de la dignidad humana.

Terminaré este ensayo transcribiendo un párrafo de un célebre autor, al hablar de la patria, y que me parece insertarlo oportuno:

« Se compone de tradiciones y de esencias, es el capital indiviso que las generaciones se transmiten las unas á las

otras, que ellos han recibido de sus padres y que deben dejar intacto á sus hijos. » Las naciones, del mismo modo que los individuos, tienen su conciencia, cuyo dominio es difícil de apreciar, porque es difícil de definir. Y esa convergencia de los sentimientos, de las costumbres, de la lengua, del amor al suelo y de la confianza de su causa; este residuo íntimo, mezcla de recuerdos, de tradiciones, de creencias, es el yo, es el sentimiento de la patria, inalienable, grandioso, y por el cual los hombres combaten, sufren y mueren. »

EMILIO A. BERRO.

TRATADOS

(Continuación)

Distinta de esta es la solución que han dado los tratadistas á la invalidación por violencia física, que tiene lugar cuando por medio de actos exteriores se quita á un individuo la libertad personal ó la tranquilidad de juicio para obligarlo á suscribir un tratado. Esta violencia, como es natural, no puede ser ejercida en la colectividad del Estado, sino que tiene que serlo en las personas que éste tiene acreditadas en países extranjeros con plenos poderes para negociar en su nombre y que reciben por esta razón la denominación de plenipotenciarios. Casos hay, sin embargo, aunque excepcionales, que el que puede ser objeto de violencia sea el jefe de la Nación, como le sucedió al rey Juan cuando cayó en poder de los ingleses en la batalla de Poitiers, quien fué obligado á firmar un tratado por el cual cedía sus provincias al gobierno inglés, tratado que quedó sin efecto porque no fué reconocido por los Estados generales.

Razonable creo esta resolución, por el sencillo motivo que no puede, habiendo violencia física, existir el libre consentimiento de las partes que se obligan, que es la condición indispensable y esencial para la validez de un tratado.

Comúnmente sucede también que los contratos celebrados por los Estados producen por cambios de circunstancias posteriores á su celebración un mal grave e inminente. ¿Podría en este caso negarse la nación perjudicada al cumplimiento del tratado, alegando que reconoce causa torpe? Indudablemente no, porque debe presumirse que las partes que contratan conocen aquello que consienten, ó de lo contrario se han obligado sin reflexionarlo suficientemente. En ambos casos deberán por su imprudencia sufrir las consecuencias de este hecho. Citaré, para darle más claridad á esta solución, las siguientes palabras de Bluntschli: «Cada Estado debe respetar las condiciones onerosas y las obligaciones, aun cuando su ejecución sea deprimente para su amor propio. Un Estado puede, sin embargo, considerar como nulos los tratados incompatibles con su existencia ó su desenvolvimiento. El hecho de que un tratado sea peligroso ó perjudicial, no impide que sea obligatorio. No habría más derecho convencional y por consiguiente más paz ni orden posible, si se

quisiera acordar á cada parte contratante el derecho de no respetar las condiciones onerosas de un tratado.» No puede, pues, alegarse causa torpe para desconocer un tratado, sino en los casos extremos que cita este autor.

Examinemos ahora el tercero y último de los requisitos necesarios para la validez de un tratado. El objeto lícito tiene por fundamento el que la causa de la obligación sea moral, jurídica y físicamente posible, pues de lo contrario si el objeto que forma el acuerdo obliga á las partes á hacer una cosa contraria al Derecho Internacional ó á los preceptos establecidos por la moral y la justicia, el tratado podrá ser declarado á petición de una de las partes nulo, porque no puede ser materia de contratación entre los Estados una cosa injusta en sí misma ó que está fuera del poder de los contratantes. Veamos lo que sobre este punto dicen los autores. «La obligación de respetar los tratados, establece Bluntschli, reposa sobre la conciencia y el sentimiento de la justicia. El respeto de los tratados es una de las bases necesarias de la organización política e internacional del mundo. En consecuencia, serán nulos los tratados que ataque á los principios necesarios del Derecho Internacional. Idénticas consecuencias saca Hautefeuille cuando dice que «los tratados, que contienen la cesión ó el abandono gratuito de un derecho natural esencial, es decir, que sin él no puede una nación ser considerada como Estado, como sería, por ejemplo, su independencia total ó parcial, no son obligatorios.»

ARTURO PUIG.
(Continuará).

SUELTO

Agradecemos al ilustrado Director del Museo y Biblioteca Pedagógicos, Br. don Alberto Gómez Ruano, el obsequio que nos ha hecho de las publicaciones de esa Oficina, que versan sobre los antecedentes de ella y que contienen la descripción ilustrada de las secciones del Establecimiento.

La importante casa editora de Félix Lafouane (Buenos Aires) nos ha enviado el prospecto de una nueva revista mensual de historia, ciencias y letras, que aparecerá en esa ciudad bajo la competente dirección del conocido escritor Pablo Groussac.

El título de esa publicación será *La Biblioteca*.

Esperamos con verdadero interés su visita.

La Facultad de Medicina es el título de una nueva revista que acaba de aparecer entre nosotros.

Viene esta publicación á prestar un verdadero servicio á los estudiantes de la facultad que le da nombre.

Retribuimos por nuestra parte su saludo.

Tipo-Lito ORIENTAL C. Treinta y Tres, N.º 112—Montevideo